

Indianismo y nacionalismo en Bolivia: estructura de oportunidad política, movilización y discurso*

RAMÓN MÁIZ

Universidad de Santiago de Compostela

zpoldeca@usc.es

El presente texto pretende explorar de modo muy esquemático los factores que explican el éxito de la movilización indianista en Bolivia y las razones de que sea la variante indianista representada por el MAS de Evo Morales y no la del Movimiento Indígena Pachakuti de Felipe Quispe la que finalmente impusiera su hegemonía en el interior del indianismo. Además, se pretende proporcionar una explicación de carácter interpretativo, subrayando los aspectos discursivos habitualmente desatendidos, que complemente las explicaciones disponibles hasta la fecha.

“Volveré y seré millones”

TÚPAC KATARI

En diciembre de 2005 en Bolivia, un líder aymara, Evo Morales Ayma, a la cabeza de un partido político indigenista, el *Movimiento Al Socialismo*, ganaba las elecciones presidenciales con un 53,74 por ciento de los votos válidos emitidos. Llamó la atención no sólo el hecho, en sí mismo muy novedoso, de que un líder indígena alcanzase el gobierno en América Latina con un programa indianista, sino lo masivo del apoyo obtenido en el conjunto del país, incorporando a votantes blancos y mestizos.

El presente texto pretende explorar de modo muy esquemático: 1) los factores que explican el éxito de la movilización indianista en Bolivia; 2) las razones de que sea la variante indianista representada por el MAS de Morales y no la del *Movimiento Indígena Pachakuti* de Felipe Quispe la que finalmente impusiera su hegemonía en el interior del indianismo; y 3) proporcionar una explicación de carácter interpretativo, subrayando los aspectos

* El autor desea hacer constar su agradecimiento a las aportaciones y críticas realizadas a este texto por Sarela Paz y Xavier Albó.

discursivos habitualmente desatendidos, que complemente las explicaciones disponibles hasta la fecha.

I. Movilización, discurso e interpretación

La explicación del nacimiento, consolidación y rendimiento electoral de los partidos indianistas en América Latina cuenta hoy ya con una literatura sustantiva y de excelente calidad. Hasta el momento podemos observar dos grandes formatos explicativos del éxito político de estos partidos, que asimismo han sido aplicados para dar cuenta del ascenso electoral del MAS: uno de ellos destaca, sobre todo, el peso de la apertura de oportunidades en al ámbito de las instituciones; el otro presenta un modelo centrado, fundamentalmente, en los actores y sus estrategias.

Por una parte, muchas de las obras de referencia sobre la emergencia y desarrollo de los partidos políticos indianistas subrayan especialmente factores de tipo institucional: cambios constitucionales, reforma de los sistemas electorales, procesos de democratización, apertura de la estructura de oportunidad política etc. Así, por ejemplo, Deborah Yashar (2005) privilegia en su investigación las dimensiones institucionales y, en su perspectiva, las instituciones estatales y las políticas públicas conforman las identidades mediante la construcción de la ciudadanía, la estructuración de las modalidades de intermediación de intereses, y canalizan la expresión de identidades a través de específicos ámbitos institucionales. En concreto, en su explicación se privilegian los “regímenes de ciudadanía” (*citizen regimes*) específicos de cada coyuntura y cada país latinoamericano. Al definir el estatuto de ciudadanía y sus vías de inclusión y exclusión, así como al regular las relaciones del ciudadano con el Estado, aquéllos conforman de modo decisivo las conexiones entre Estado y sociedad, imponiendo o favoreciendo determinadas identidades mediante los correspondientes canales institucionales. Esto no implica que el proceso de estatalización de la ciudadanía genere una identificación siempre compartida y no contestada, por el contrario, no sólo existe posibilidad de conflicto identitario más o menos abierto, sino asimismo (debido a déficits de *state-building* y nacionalización) mantenimiento de identidades y tradiciones de gobierno locales. De hecho, el conflicto entre las políticas del Estado y las bases materiales y políticas de estas identidades locales desempeñan un papel clave en la politización de las identidades étnicas, esto es, en el surgimiento del indianismo político (Yashar, 2005: 283). Así, a partir de los casos de Bolivia, Ecuador y Perú puede observarse

cómo, por una parte, los estados corporatistas de mediados del siglo XX permitieron, pese a la sistemática identificación institucional de los indígenas como campesinos, el mantenimiento de una autonomía precaria y la parcial subsistencia para las comunidades indígenas de sus tradiciones, culturas y modos de gobernanza. La posterior erosión neoliberal de esta autonomía supuso, al poner en peligro la pervivencia de la viabilidad de las comunidades, una politización de las diferencias étnicas que se tradujo en un cambio de identificación de “campesinos” a “indios”. Ciertamente, este factor institucional estatal (ciudadanía) no es la única variable de relieve: de hecho, sólo allí donde existían previas redes organizativas supracomunitarias y un ámbito mínimamente consolidado de asociacionismo político se tradujo el potencial de movilización en acción colectiva (en Bolivia y Ecuador, pero no en Perú). De modo paralelo, se ha mostrado de modo convincente que nada hay de intrínsecamente violento, esencialista, o de encapsulamiento étnico en la movilización indígena, como la literatura sobre movilización étnica tendía a asumir (Horowitz, 1985; Sisk, 1996), sino que aquellas derivas son causadas por factores exógenos como restricciones en el acceso en clave étnica al gobierno que proveen incentivos para prácticas disruptivas (Birnie 2007).

Por su parte, en su importante libro sobre el indigenismo en Bolivia, Ecuador y Perú, Donna Lee Van Cott —libro que supone un salto cualitativo en la literatura por cuanto aporta, por vez primera, una explicación multicausal de por qué los *movimientos* indianistas se transforman en *partidos* políticos y obtienen o no éxitos electorales— concede también una capital relevancia explicativa a los factores institucionales. Así, en lo que concierne a Bolivia el reconocimiento constitucional del multiculturalismo, las reformas constitucionales de 1994 y la creación de pequeños distritos uninominales para la elecciones a la cámara baja, así como la Ley de Participación Popular de 1994, con la creación de 311 nuevas municipalidades, constituyen variables independientes fundamentales para dar cuenta de la consolidación y posterior éxito de los partidos indigenistas (Van Cott, 2005). Además de la insistencia en la apertura de la oportunidad política institucional, la investigación de Van Cott muestra una clara evolución hacia la inclusión de variables adicionales relativas a los actores, como la apertura del sistema de partidos o la propia madurez y consolidación de las organizaciones indígenas (Van Cott, 2005; Van Cott y Rice, 2006).

Pues bien, estos últimos son, precisamente, los factores en los que insiste, pasándolos a un primer plano de la explicación, un segundo grupo de investigaciones centradas en los actores y sus estrategias. Así, Raúl Madrid

postula que son variables como la crisis de los partidos tradicionales bolivianos (MNR, ADN y MIR), la capacidad de movilizar masivamente votantes indígenas recogiendo muchas de sus tradicionalmente desatendidas demandas, o la capacidad de desarrollar estrategias *catch-all* las que explican el éxito del MAS (Madrid, 2005a; 2005, b). Alcántara y Marenghi (2006), por su parte, han insistido asimismo, en perspectiva comparada, en que la capacidad de desarrollar vínculos con otros grupos sociales no indígenas y la apropiación del espacio de izquierda a través de una estrategia incluyente, constituyen causas fundamentales del éxito del MAS.

Ambos enfoques distan, sin embargo, de ser excluyentes, toda vez que acción y contexto institucional, movilización y estructura de oportunidad política, constituyen aspectos interconectados y en permanente retroalimentación (Máiz, 2003a). De ahí que los propios autores modulen sus análisis y, en la medida en que profundizan en los mismos, generen explicaciones más complejas y multicausales: las obras de Van Cott y Madrid lo patentizan con claridad, pese a mantener cada uno de ellos su peculiar énfasis en una u otra variable independiente. Ya no puede sostenerse, por ejemplo, si acaso fue posible alguna vez, como hace Madrid, que el modelo de Van Cott constituye una “explicación institucionalista” (Madrid, 2005: 6); al tiempo que él mismo se ve obligado a reconocer al campo multiorganizativo previo del que emergen los movimientos indianistas más papel explicativo que el que estaba dispuesto a conceder inicialmente, desde una óptica centrada en la dinámica electoral y del sistema de partidos.

Y sin embargo, en ambos modelos explicativos existe una dimensión ausente que, de ser introducida, complementaría en buena medida el nexo entre estructura de oportunidad política (EOP) y estrategia partidaria; a saber: el *discurso político*. En efecto, la EOP no constituye sólo un dato “objetivo” y autoevidente para los actores, presenta siempre una dimensión subjetiva de “oportunidades percibidas”, que relativiza parcialmente la índole estructural del concepto para ponerlo en conexión con la producción del sentido que acompaña a la “lectura”, esto es, a la interpretación que los actores hacen de la apertura o cierre de la ventana de oportunidad. Pero aquí nos encontramos con un importante obstáculo epistemológico. En efecto, el análisis tradicional del indianismo ha estado dominado, salvo excepciones, por una más que discutible epistemología *realista* extrema, una epistemología que se traducía en la asunción empirista de la etnias o las comunidades étnicas como entidades sociales e históricas cosificadas, como colectividades sustanciales, en buena medida atemporales, internamente homogéneas y claramente diferenciadas hacia el exterior. De este modo, una

etnia (aymará, quechua, guaraní) previamente cristalizada en la historia, constituida a partir de una específica *etnicidad*, esto es, un conjunto de rasgos diferenciales objetivos (“raza”, lengua, cultura, historia, tradición, territorio, etc.), generaría tarde o temprano una identidad colectiva en torno a unos intereses comunes, que se expresan y reivindican mediante movimientos y partidos indianistas los cuales, descubriendo la diferencia prístina de la etnia respectiva, generalizan la conciencia étnica, abandonando la identidad campesina —artificial, en cuanto inculcada desde el Estado— a favor de una identidad indígena, esta última natural y auténtica.

Ahora bien, frente al realismo extremo parece más adecuado admitir que los marcos conceptuales, ideológicos y lingüísticos con que damos cuenta de la realidad poseen una innegable implicación ontológica, y devienen constitutivos de los objetos de conocimiento. Esto no implica en modo alguno suscribir las tesis del constructivismo radical o posmodernista, que considera que la identidad colectiva, en el caso que nos ocupa, las etnias indígenas, no son más que el resultado de las ideologías o las teorías etnicistas que las “inventan”. Muy diferentemente, una epistemología *constructivista realista* nos llevaría a admitir que lo que llamamos realidad indígena es un complejo de fenómenos *dependientes del lenguaje* (Putnam, 1995) que: 1) si bien existen autónomamente de nuestros recursos conceptuales y discursivos, y por tanto imponen límites al contenido de nuestro conocimiento e interpretación; a la vez, 2) sólo constituyen hechos políticamente significativos en la medida en que se interpretan o conceptualizan desde algún marco de sentido, habida cuenta de que no hay un mundo indígena, objetivo y exterior, enteramente al margen de los marcos conceptuales ideológicos de los actores (Olivé, 1999).

Pero esto, a su vez, hace de la producción y comunicación política del sentido una dimensión capital del fenómeno social a explicar, el indianismo, requiriendo que el análisis de la estructura (EOP, instituciones, políticas públicas) y de la acción (formatos organizativos, liderazgo, repertorio de movilización) se complete con un análisis de las *interpretaciones* en juego. Este *análisis interpretativo* asume que: 1) las creencias poseen una relación constitutiva con las acciones, o dicho de otro modo, que acción y sentido son mutuamente constitutivos el uno del otro, de ahí que el “discurso” se extienda no solamente a las palabras sino a las prácticas; y 2) las creencias son holísticas, esto es, se hallan insertas en tradiciones específicas de las que resultan deudoras, pero con las que cabe distanciamiento y contestación.

En el caso que aquí nos ocupa, todo lo anterior implica que las etnias no *son* ni *están* disponibles para una eventual expresión política, sino que se

gestan, se producen, esto es, no constituyen datos o puntos de partida sino resultados contingentes de procesos sociales y políticos abiertos e indeterminados. De esta suerte, las precondiciones étnicas diferenciales (lengua, historia, tradiciones, mitos y símbolos) constituyen una materia prima reelaborada, seleccionada y, en ocasiones, abiertamente “inventada”, desde las estrategias políticas actuales, por los intelectuales, líderes y movimientos indianistas. Por ello, la ideología indianista no puede ser considerada como la expresión externa de una comunidad originaria preexistente, sino como uno de los elementos decisivos de la movilización política que, en puridad, constituye a la etnia misma en su realidad presente. En suma, el discurso no es un factor meramente expresivo y exógeno, sino estrictamente *constitutivo y endógeno* de la realidad indígena.

Así, en un contexto social que reúne unas iniciales precondiciones étnicas heredadas —cultura, historia, mitos, símbolos— producto a su vez de un previo trabajo intelectual y político de las elites e intelectuales en el pasado, activadas por unas favorables precondiciones políticas (democratización o descentralización del Estado, por ejemplo) y económicas (pobreza y/o división étnico-social del mercado de trabajo, por ejemplo), la movilización indianista, mediante un largo proceso de organización, liderazgo y discurso, aglutina a un bloque étnico-social específico, de entre los varios posibles y de contornos más o menos fluidos y porosos (incorporando al proceso a mestizos y blancos, por ejemplo) a partir de los mismos materiales étnicos heredados del pasado.

Ahora bien, tanto al abordar el problema de las precondiciones étnicas como de la EOP, insistíamos en que al margen de los factores “objetivos” que ambas implicaban, incorporan un momento incontestable de subjetividad, de autocompresión de las características diferenciales, así como de las “oportunidades percibidas”. Pues bien, todo ello nos conduce, por último, a la dimensión mítico-simbólica de la construcción política de la identidad colectiva indígena, y tras ella al discurso indianista como dimensión capital de la misma.

Para el análisis de esta dimensión resulta de especial interés la técnica del *frame analysis*, el análisis, esto es, de los marcos interpretativos de la movilización política indígena (*mobilization frames*) (Máiz, 2004; Chihu, 2006). Es más, creemos que el creciente énfasis en considerar los movimientos sociales como fenómenos (también) culturales, capaces de elaborar y generalizar identidades colectivas y mundos de sentido, resulta en extremo pertinente en lo que atañe al análisis del indianismo latinoamericano como movilización, toda vez que la realidad de la etnicidad es política y cultural, y sus

características se derivan menos de indicadores objetivos, que del significado conferido inicialmente por los intelectuales y las elites, y posteriormente por los movimientos y partidos, asumido luego por la mayoría del grupo, a ciertas propiedades culturales, territoriales e históricas y a su interacción y experiencias compartidas. De hecho, puede observarse cómo la etnicidad indianista diluye su referencia a los “datos objetivos” y se sitúa principalmente en el terreno de la producción simbólica: la realidad diferencial resulta reinterpretada constantemente a través de la elaboración mítico-simbólica y la acción política indianista. Pues bien, constatado este abigarrado conjunto de mitos, tradiciones, valores y símbolos, resultaría vano cualquier intento de aprehenderlo al margen de sus condiciones discursivas de emergencia, pues las etnias son, en este sentido específico realista-constructivista, “comunidades imaginarias”. Y a tales efectos, el concepto de “marco interpretativo”, como conjunto de creencias colectivas que dotan de sentido a la participación en la acción colectiva, resulta de indudable utilidad. Pues los marcos sintetizan unas veces de modo intencional —“estrategias enmarcadoras”—, otras de forma inconsciente como resultado de aquéllas —“marco de movilización”— los elementos capitales del discurso del movimiento: sentido de injusticia o desigualdad (*grievances*), pertenencia a una identidad colectiva, y motivación para la acción política.

Ahora bien, si 1) las etnias indígenas son procesos contingentes de génesis social y política, no meras comunidades históricas cristalizadas, y 2) el indianismo constituye un factor endógeno de la producción política de la etnia en su realidad presente, y no puro reflejo de la previa existencia de aquélla (lo que en puridad nos remitiría a una supuesta atemporal, prístina “esencia” indígena), debemos orientar el estudio de este último hacia el análisis pormenorizado de las dimensiones empíricas de estructura, acción y sentido, específicas de los procesos de construcción de identidades políticas colectivas.

En razón de todo lo dicho, la eventual y siempre contingente producción política de una etnicidad indígena y/o nacional requiere, más allá de la sola diferencia etno-cultural, una movilización política exitosa, y para ello la concurrencia de una serie de condiciones, que podemos sintetizar del modo siguiente (Máiz, 2003a):

- 1) Unas *precondiciones étnico-culturales* (cultura, lengua, historia, territorio etc.) que, sin embargo, se consideran no como un dato, sino como el producto de un trabajo permanente de selección, filtrado e invención que realizan los intelectuales, líderes indianistas sobre un “materia pri-

ma” étnica de mayor o menor riqueza, a su vez producto de elaboraciones pasadas por parte de previas generaciones de elites, líderes e intelectuales.

2) Unas *precondiciones económico-sociales* que favorezcan la existencia de una identidad colectiva, de un “nosotros” versus un “los otros”, de lo “propio” frente a lo “ajeno”; por ejemplo: una matriz de intereses comunes generalizables y potencialmente conflictivos con otro grupo o grupos; una política económica neoliberal que genere desarraigo, erosión de lazos comunitarios, destrucción del territorio y necesidades de identificación en sectores de la población que han perdido los lazos tradicionales; unos umbrales mínimos de movilidad social o de comunicación supralocal que promuevan la percepción de un espacio social común, etc.

3) Una propicia *estructura de oportunidad política*; ora *formal*: descentralización política (federalismo, municipalización etc.), apertura del acceso político (nivel de democracia real del sistema político) que incentiven la politización de la diferencia nacional; ora *informal*: desalineamientos electorales, crisis del sistema de partidos que permitan la captación de nuevos votantes, disponibilidad de nuevos aliados, etc.

4) Una *movilización política* eficaz que, a través de su trabajo organizativo y *discursivo*, consiga generalizar, en el seno de un amplio bloque social, la existencia del grupo étnico indígena como una evidencia indiscutible, movilizándolo en torno a unos intereses compartidos y unos objetivos de autogobierno determinados. Veamos esquemáticamente estos factores, deteniéndonos especialmente en el más desatendido hasta la fecha, el discursivo.

II. Los factores de la etnopolítica indianista en Bolivia: una explicación multicausal

II.1. Precondiciones étnico-culturales

En lo que atañe al primero de los factores mencionados, las *precondiciones étnicas*, lo primero que se debe hacer constar es que Bolivia constituye el país con mayor proporción de población indígena de América Latina: un 62 por

ciento de sus habitantes en el censo, de gran fiabilidad, de 2001 se declaran pertenecientes a algún grupo indígena, frente a un 25 por ciento en Ecuador, por ejemplo. De ellos el 30,7 por ciento se autoidentifican como quechuas y el 25,2 por ciento aymaras y, en mucha menor medida, guaraníes (1,6 por ciento), chiquitanos (2,2 por ciento) y otros. Si bien esto constituye un inicial factor explicativo de la formación de movimientos indianistas y aun del éxito electoral de los partidos indigenistas, dado que aquí se interpela no a “minorías marginadas” sino a la *mayoría* del país —tal y como insiste Evo Morales en sus discursos— resulta una variable del todo punto insuficiente por sí misma, dada la copresencia de otros factores que segmentan esta realidad demográfica cuantitativa. Así, ante todo, deben apuntarse las divisiones sociales internas de las etnias aymara y quechua: entre campo y ciudad (más de un 50 por ciento en la actualidad), entre región andina y tierras bajas, así como también a las existentes en el conjunto de Bolivia entre occidente y oriente (entre “collas” y “cambas”) etc. Pero en segundo lugar, habida cuenta de la muy precaria condición trabajadora o la situación de pobreza de la población indígena, ha de atenderse a la larga tradición de su interpelación previa en clave de “campesinos” o “trabajadores” o “sujetos de la revolución”, por parte de los sindicatos y partidos de la izquierda tradicional, incentivadores de una identificación política en la que la dimensión *étnico-cultural* se subordina a la pertenencia *clasista*. Esto constituye un factor de gran relieve para explicar la desmovilización indianista, por ejemplo, en Perú o, en menor medida, en Chile.

La necesaria presencia de otros factores que el mero peso demográfico puede comprobarse además en el hecho elocuente de que los primeros partidos indígenas con cierto éxito, aparecieron por vez primera en Colombia en 1990, pese al exiguo porcentaje (2,7 por ciento) de población indígena en aquel país (Van Cott y Rice, 2006).

Ahora bien, la etnicidad indígena va más allá de un hecho objetivo que se manifiesta tarde o temprano políticamente por el solo peso de los números: constituye asimismo un proceso de interpretación, una tradición, un conjunto de mitos, narrativas y símbolos. Y el indianismo boliviano posee un repertorio mítico de extraordinaria fuerza y variedad: la narrativa de “la Gran Rebelión Andina”, los levantamientos indígenas andinos de 1780-1783 liderados por el quechua Tupac Amaru con el sitio del Cuzco y, sobre todo, el aymara Tupac Katari con el cerco de La Paz durante seis meses (Mallon, 1992). Por una parte se trata de rebeliones históricas decisivas no sólo porque rompieron el universo de compromisos en que se basaba del dominio español, sino por poner por vez primera en jaque al imperio. Pero por otra,

sobre una realidad compleja de rebeliones que incorporaron no solamente a indígenas, sino a criollos, mestizos e incluso algunos españoles —si bien en menor medida que Bolivia que en Perú— se alzaría una completa mitología de “el nuevo inca” y el retorno del incario, de la revancha de los pueblos originarios sometidos desde la invasión del siglo XV, sobre el que añadirían nuevos relatos interpretativos: “precursores de la independencia boliviana”, incluso “antecedentes del nacionalismo militarista”, etc. (Demélas, 1992). Este capital mítico-simbólico mantuvo sus resonancias hasta la actualidad, como puede comprobarse en su reiterada invocación en los discursos de Felipe Quispe o Evo Morales (Albó, 2006), proveyendo de referencias fundacionales al indianismo contemporáneo —“500 años de resistencia”— como luego hemos de ver.

El segundo elemento de este repertorio de tradiciones indianistas lo encontramos en la guerra federal de 1898-1899, cuando, al hilo de los conflictos que motivaron el cambio de capital de Sucre a La Paz, un caudillo aymara, devenido héroe legendario —Zárate Willka *el Mallku*— introdujo demandas indianistas a cambio del apoyo militar a Morales: liberación de los colonos, devolución de las tierras a los indígenas, participación de estos en el gobierno, del que fueron históricamente excluidos desde la fundación del Estado boliviano. La reivindicación de esta tradición del Zárate Willka por parte de Felipe Quispe va más allá de la utilización del apodo “*el Mallku*”, el cóndor, para prolongarse en la “imitación del levantamiento armado” de aquél.

Ahora bien, este capital mítico-simbólico ocupará un lugar subordinado ante el impacto de la avasalladora narrativa nacional-republicana del Estado boliviano. Si en el Estado salido de la independencia en 1825 se había excluido fundacionalmente a la población indígena, de la mano del mito del mestizaje, en el Estado de 1952 mediante la construcción de la *Nación* boliviana, se incorporó a los indígenas si bien en cuanto *campesinos*, denegando su identidad étnico-cultural. El modelo a imitar sería el del Estado mestizo mexicano —“la raza cósmica” de Vasconcelos— en el que la identificación campesina de los indígenas se instrumenta mediante un trasfondo de su vinculación corporatista al Estado y redes de intercambio clientelar de favores por votos: reforma agraria, subsidios y reparto de tierras, sindicatos campesinos corporatistas, aculturización, y asimilación en una identidad nacional mestiza mediante la escuela, el ejército y los medios de comunicación.

Debe repararse en la doble dimensión implicada en esta creación de un Estado corporatista boliviano por parte del *Movimiento Nacionalista Revolu-*

cionario durante los años '50: por un lado, la construcción de las instituciones estatales sobre un modelo de intermediación clientelar de intereses y la creación de estructuras sindicales que promovieron una relativa homogenización de las instituciones comunitarias locales; por el otro, el intento por vez primera de creación de un nación boliviana, esto es una identidad colectiva compartida por todos los bolivianos a partir de la lengua, relato histórico, enemigo externo (Chile) y símbolos y mitos comunes (bandera tricolor), en la que no había lugar alguno para identidades colectivas indígenas originarias.

La dictadura de Barrientos, a partir de 1964, mediante el “pacto campesino-militar”, reformularía en claves autoritarias, superponiendo la trama corporatista de los favores clientelares con la represión, esa base campesina del sistema político boliviano y su endémico no lugar para las naciones y pueblos indígenas originarios. Sólo con la crisis parcial de estos lazos y en especial la ruptura de la autonomía comunitaria en la zona de La Paz (que no en Cochabamba), y la masacre de Cochabamba de 1974, se abriría una ventana de oportunidad para la emergencia de nuevos procesos políticos de identificación, alumbrando en primer lugar, en clave *indigenista*, el *Movimiento Nacional Tupac Katari* (1968), el *Movimiento Indio Tupak Katari* en 1978 y, en segundo lugar, en clave *katarista*, la *Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia* (CSUTCB) y el *Centro Campesino Tupac Katari* en 1971. Precisamente en el Congreso Nacional de 1983 de la CSUTCB se postuló públicamente, por vez primera, el reconocimiento de Bolivia como “Estado plurinacional”.

II. 2. Precondiciones económico-sociales

El segundo factor de etnificación política viene constituido por las precondiciones económicas. En este orden de cosas es preciso recordar que, paralelamente a los procesos de nacionalización del Estado boliviano, las reformas agrarias (1953) introdujeron políticas sociales que promovieron una progresiva campesinización de las comunidades indígenas. Estas últimas consiguieron no sólo parcial reconocimiento de la propiedad comunal sino, además, un correlativo ámbito de autonomía cultural y política, si bien, en todo momento, en cuanto comunidades *campesinas*. Frente a una situación heredada en la que se daba la concentración más alta de la propiedad de la tierra en pocas manos de toda América Latina —un 4 por ciento de los propietarios poseían el 82 por ciento de la tierra (Dunkerley, 1984)— y de la mano de las reformas políticas corporatistas que luego comentaremos, las

reformas agrarias supusieron un relativo acceso a recursos y mínimos vitales, a ciertos derechos sociales y, sobre todo, a los efectos que aquí interesan, incentivaron un reforzamiento de la vertiente campesina de las identidades colectivas. El efecto de las reformas agrarias, por tanto, consistió, por una parte, en la creación de intermediación corporatista de intereses mediante el establecimiento de lazos clientelares con el MNR (vía institucionalización y privilegiación como interlocutores de los sindicatos, por ejemplo), que integraban verticalmente a los campesinos en una cadena de dependencia e intercambio de *apoyo político* (electoral o de otro tipo, incluida la aquiescencia pacífica a la dominación) por *favores* (subsidios, distribución de la tierra, créditos agrícolas, etc.) que bloqueaba la movilización colectiva en defensa de sus intereses (Gráfico 1). Estas redes jerárquicas de intercambio directo de favores por apoyo generaban a la vez dependencia y sumisión al patrón y competencia y desconfianza con los iguales, fragmentando y aislando a los clientes-campesinos (Máiz 2003).

Por otra parte, esta desmovilización política se articulaba con una paralela *desindigenización* de la población aymara y quechua, reforzando el modelo de nación mestiza que se implementaba desde el Estado, con la erosión asimilacionista de los componentes étnico-culturales de la identidad colectiva de las comunidades. Precisamente, en las zonas donde los sindicatos tuvieron más éxito en la integración de las comunidades, como en la zona de los valles de Cochabamba, a diferencia de las tierras altas, desarrollaron una creciente organización y demandas ascendentes de reconocimiento de ciudadanía para los campesinos (Albó, 2003 y 2006). Esta desetnificación puede visualizarse, por ejemplo, en el significativo cambio de nombre del *Ministerio de Asuntos Indígenas y Campesinos*, que pasó a denominarse *Ministerio de Asuntos Campesinos*; o en la reconversión de las *comunidades* campesinas en *sindicatos* agrarios y su posterior federación bajo el amparo y control del Estado.

No debe minusvalorarse el efecto —por más que relativo y limitado por el déficit de estatalización, de penetración territorial del Estado y su administración— de la creación de una *autoidentificación mestiza* en Bolivia, y la producción de, por emplear la denominación de De La Cadena para Perú, “indígenas mestizos” (De La Cadena, 2000). Esto es, ciudadanos que hablan lengua indígena, poseen rasgos indígenas, cultivan tradiciones culturales indígenas; pero se consideran a sí mismos, explícita o implícitamente, mestizos. No puede ignorarse el efecto desindigenizador y campesinizador de estas políticas corporatistas, pues originarían una desactivación o escasa polarización del *cleavage* étnico y una característica fluidez y ambivalencia

indio-campesina de las identidades colectivas bolivianas. Dato básico este último para entender las insuperables dificultades posteriores de una política indigenista excluyente y etnicista en Bolivia.

El problema, sin embargo, es que en Bolivia el propio déficit de los procesos de *state-building* se tradujo en déficit de *nation-building*: la desigual penetración del corporatismo, la existencia de amplias zonas ajenas a los circuitos de la intermediación corporatista de intereses, promovió —al igual que en otros países de América Latina— el mantenimiento de un dualismo soterrado que permitió la pervivencia de la autonomía local y comunitaria indígenas. La débil estatalización conllevó una correlativa debilidad de nacionalización: la persistencia de ámbitos comunales —cultural y políticamente autónomos— constituiría la base para una eventual y futura etnificación de las identidades colectivas. Este dualismo, es el que explica la permanencia de los *Ayllus* en los Andes bolivianos, especialmente en la zona del norte de Potosí, donde factores como la propiedad, la autonomía local y las tradiciones constituyeron una decisiva base de *potencial de movilización* indianista hacia el futuro (Albó, 2003). Sólo en el seno de este espacio relativamente intocado, resulta inteligible el proceso de deslizamiento político-discursivo, de la *tierra* como recurso productivo y de explotación, como ámbito material espacial de reproducción, al *territorio* como espacio material pero a la vez político-simbólico, de autonomía, autogobierno, de resistencia cultural, y lingüística, de pervivencia de la tradición, usos y costumbres indígenas. Estas son algunas de las precondiciones económicas que están en la base de las demandas de reconocimiento de los *Ayllus*. Aquellas áreas, como las regiones andinas de La Paz que habían mantenido mayor autonomía local debido al, ya aludido, relativo déficit de los procesos de estatalización y nacionalización, y que serían luego las más afectadas en su autonomía relativa por las políticas neoliberales de la Nueva Política Económica (NPE), serían precisamente las que iniciarían el deslizamiento político identitario hacia el indianismo.

Pues, en efecto, con posterioridad, toda una adicional serie de factores vinieron a reforzar la etnificación de la política boliviana: ya en los '60 y '70 el pacto militar campesino con Barrientos (1964), erosionó la autonomía que, en diversos grados venían disfrutando las comunidades indígenas bajo el pacto corporatista campesinado-MNR; pero sobre todo, el mayor traumatismo vendría de las reformas neoliberales de la NPE, a partir de 1985. Esta supuso el brusco abandono de la alianza clientelar-corporatista entre el campesinado y el Estado y el desmantelamiento de las políticas sociales para el campesinado que aún estaban en pie. O lo que es lo mis-

mo, la erosión de la base económica del corporatismo clientelar y un nuevo asalto a la ya precaria autonomía de las comunidades (Yashar, 2005: 181). A la pérdida de las estructuras de intermediación clientelar de intereses entre campesinos y Estado, debe añadirse el corte del flujo de recursos de intercambio de favores por apoyo político: desmantelamiento de las políticas de regulación, de los subsidios para los productos agrícolas, al petróleo, etc. El recorte de los servicios sociales (educación y sanidad), la liberalización de los precios agrícolas, el colapso de créditos los agrarios, la privatización de las tierras comunales, supusieron no sólo el fin del corporatismo sino el suministro de una serie de incentivos para la génesis etnopolítica de identidades indígenas, para el paso, en fin, a un cambio de identificación de campesinos a indígenas. Incluso el cierre de las minas menos productivas significó que los mineros, en su mayoría de procedencia indígena, se vieran empujados a la emigración (“relocalización”) en busca de sustento para sus familias, y muchos de ellos se organizarían en las zonas cocaleras del Chapare (Madrid, 2005). Así, para el medio millón de indígenas que pasaron a depender del cultivo de la coca no se trataba sólo de la mera supervivencia económica mediante el trabajo en el campo, sino de una inédita articulación de esta supervivencia con las tradiciones y cultura indígenas de la zona (“Cocamama”, “Hoja sagrada”).

II.3. Estructura de oportunidad política

El traslado del potencial de movilización para el etnificación del campesinado que hemos visto emerger en las precondiciones étnicas y económicas, precisa, sin embargo, de una propicia estructura de oportunidad política para trasladarse eficazmente a la acción colectiva. Pues bien, de la apertura de una favorable estructura de oportunidad política, tanto en lo que se refiere al contexto institucional, cuanto al escenario de competición con otras fuerzas, ha constituido un factor, o grupo de factores, decisivos para el explicar tanto la movilización del indigenismo en Bolivia, cuanto el éxito del MAS en el seno de la misma.

Entre los factores de la EOP más importantes (Van Cott, 2005; Yashar, 2005) hemos de situar los siguientes: A) En el ámbito de las instituciones: 1) la democratización y apertura políticas a resultados del abandono del corporatismo tradicional; 2) las reformas institucionales de los años '90, especialmente la reforma constitucional de 1994; 3) el proceso de descentralización promovido por la Ley de Participación Popular de 1994; B) en el ámbito de los actores: 1) la crisis de los partidos competidores, 2) los

desalineamientos electorales y 3) la disponibilidad de aliados potenciales en sectores no indígenas. Veamos unos y otros de modo muy sucinto.

Ante todo debe subrayarse que la apertura política y el neoliberalismo no solamente tuvieron efectos económicos, como ya se ha indicado, esto es, la erosión de las bases del precario autogobierno local y de la vida tradicional de las comunidades, lo que de por sí constituyó un factor no desdeñable en la indigenización de la política. Además, la ruptura de las redes de intercambio de favores por votos, propias del clientelismo corporatista, abrió una adicional ventana de oportunidad política para la movilización sobre lazos horizontales, “étnicos”, en el sentido amplio que luego veremos al analizar las estrategias y el discurso. El debilitamiento de las férreas redes verticales de intermediación clientelar (y su subcultura de la subordinación y el favor, de ausencia de derechos), que bloqueaban la eventual movilización horizontal de quienes compartían similares intereses económicos, políticos y culturales, constituye una precondition para la progresiva emergencia de acción colectiva identitaria (Gráfico 2); la cual, a su vez, en razón de los otros incentivos aquí examinados, adquirirá un carácter no clasista, sino crecientemente indianista. Así, redes y movimientos en torno a intereses compartidos entre indígenas sustituirán progresivamente a los fragmentadores y desmovilizadores lazos jerárquicos de dependencia clientelar con el patrón y el Estado.

Por lo que respecta al primer elemento institucional de la EOP, la interacción entre la movilización y la consecución de reformas legales y constitucionales de reconocimiento de la pluralidad étnico cultural constituye un elemento de interés. Pese al déficit de implementación y a la índole retórica del reconocimiento, éste siempre otorga un plus de legitimidad y legalidad a las reivindicaciones de los derechos culturales y políticos indígenas. La ratificación del Convenio 169 de la OIT sobre autodeterminación de los pueblos indígenas en 1992, sería seguida de la constitucionalización, desde 1994, de Bolivia como un país “multiétnico” y “multicultural” (art. 1), de la legalización de las “autoridades naturales” de las comunidades indígenas a efectos administrativos, y de la posibilidad, ciertamente restringida, de aplicación de normas propias de derecho consuetudinario (art. 171), así como del reconocimiento de derechos de propiedad colectiva; a lo que habría que añadir la constitucionalización de la educación bilingüe (Yrigoyen, 2005).

Además, las reformas constitucionales de 1995, con la creación de nuevas circunscripciones electorales, tuvo un papel de relativo relieve (Van Cott, 2005). La creación de un sistema mixto a lo alemán que, mas allá del tradicional sistema proporcional, procedió a crear pequeños distritos uninominales

para la elección de una parte de la cámara baja, se tradujo en algunos casos en que la concentración territorial de una minoría étnica indígena se pudiera beneficiar de un efecto mayoritario al coincidir los límites étnicos con la circunscripción, lo que resultó en refuerzo electoral del MAS. Pero no sería ésta, sin embargo, la reforma decisiva a los efectos que aquí interesan sino, sobre todo, la descentralización promovida por la Ley de Participación Política (LPP) de 1994 con la creación de 311 nuevas municipalidades (Van Cott, 2005; Albó, 2006). De hecho, la LPP otorgaría el primer reconocimiento jurídico a las comunidades indígenas bajo la denominación de “Organizaciones Territoriales de Base”. Esto permitiría a los partidos indianistas bolivianos y especialmente al MAS, por las razones estratégicas que luego se verán, hacerse con el poder en varias municipalidades, lo que, conjuntamente con reconfigurarlo como partido de gobierno, generador de recursos, y cimentar su reputación, constituiría un escalón en la lucha de acceso al poder nacional. Finalmente, no debe olvidarse la Ley INRA de 1996, la cual reconoció la forma de propiedad comunal “Tierras Comunitarias de Origen” (TCO) como territorios indígenas, lo que se traduciría en adicional incentivo a la movilización en pro del reconocimiento de TCO y la construcción político discursiva del concepto clave de “territorio”.

En lo que respecta al escenario de competición, a su vez, el indianismo político se benefició de modo muy importante de la crisis política sufrida entre 1989 y 2002 por los principales partidos, tanto de los tradicionales, cuanto de los más directos competidores por la izquierda: *Movimiento Nacionalista Revolucionario*, *Acción Democrática Nacionalista* y *Movimiento de Izquierda Revolucionario*. Ello puede constatarse al comprobar cómo el crecimiento del MAS se produce precisamente en los distritos con más alto grado de volatilidad electoral (Madrid, 2005). El derrumbe organizativo y electoral de la izquierda, resultado tanto de factores internos bolivianos (crisis del movimiento obrero y campesino producto de las políticas neoliberales) cuanto externos (crisis del socialismo post 1989) (Máiz, 2004), sería decisivo por dejar expedito el ámbito de competición propio del MAS. Además, la ruptura entre los indígenas y sus tradicionales aliados y organizaciones de la izquierda, en razón de la creciente etnificación de la política —que deja a aquellos, en cuanto deudores de una política de clase, paulatinamente al margen de las nuevas demandas indianistas— deja el terreno libre para incorporar no sólo voto disponible, sino asimismo efectivos orgánicos y líderes políticos, que refuerzan las organizaciones indianistas que no empleen un criterio sectario etnicista. Si a ello aunamos la derechización del MIR, patentizada en su asunción de políticas públicas neoliberales (gobierno de Paz

Zamora en alianza con la Acción Democrática Nacionalista del ex dictador Hugo Banzer), completamos un escenario de recomposición y erosión de la izquierda que producirá crecientes desalineamientos electorales y disponibilidad de líderes y militantes a incorporarse a la causa indianista *formulada desde la izquierda*. La incorporación de líderes como Antonio Peredo, periodista de origen guevarista; Gustavo Torrico, procedente del Partido Socialista; Manuel Morales, originario de CONDEPA; Filemón Escobar, conflictivo líder minero trotskista y muchos otros, permitirá tejer alianzas, tender puentes con los restos de esas organizaciones y, a la par, ampliar el abanico del espacio electoral incorporando los electores desagregados de aquellas filiaciones. Bien es cierto que para que esta EOP favorable se realice, ha de aprovecharse, como luego veremos, con una adecuada estrategia político-organizativa y discursiva por parte de un indianismo político de izquierda.

Esta crisis del sistema de partidos tradicional en la Bolivia de los noventa tuvo aún un ulterior efecto: la orfandad de muchas organizaciones de la sociedad civil, las cuales, una vez rotos sus lazos previos, quedaron en disponibilidad de aliarse con las nuevas fuerzas emergentes del indianismo. Así, a las densas redes organizativas de origen (cocaleros, sindicatos, etc.) que luego veremos, debe añadirse la existencia en el seno de la sociedad civil de organizaciones no partidistas, accesibles a la forja de nuevas alianzas: uniones de maestros rurales, asociaciones de pequeños industriales, asociaciones artesanas, federaciones industriales, incluida la federación con las organizaciones de indígenas de las tierras bajas, que hasta el momento llevaran una vida autónoma: las iglesias en primera instancia, la CIDOB con posterioridad. Estas alianzas aportarían al MAS una valiosísima pluralidad de recursos materiales, organizativos (candidatos, militantes), simbólicos (prestigio, respetabilidad y acceso a diversos ámbitos sociales) (Madrid, 2005). Ciertamente, sin embargo, se presentarían también dificultades varias derivadas tanto de la heterogeneidad de los nuevos apoyos, las trayectorias previas de los nuevos líderes y diputados con muy diversas procedencias; cuanto de la necesidad de cambio de registro de los líderes indígenas provenientes de la lucha sindical, en el nuevo escenario y reglas de la política municipal y parlamentaria (y sus códigos racistas).

Tampoco, en fin, debe olvidarse, al referirnos a la favorable estructura de oportunidad política, al cambio del contexto internacional a partir de 1989 con la caída del Muro de Berlín, la crisis de la URSS, el Convenio 169 para pueblos indígenas y tribales de la OIT, también de 1989, (y ratificado por Bolivia en 1991, tras la marcha indígena “Por el Territorio y la Dignidad” de 1990, y parcialmente incorporado en el art. 71 de la Constitución

en las reformas de 1994). Así como la Celebración del “Quinto Centenario del Descubrimiento de América”, en el año 1992, que pondría en el orden del día el genocidio indígena, facilitando su reinterpretación como campaña *Quinientos años de Resistencia*. Esta Campaña será el resultado de una doble confluencia de la estructura de oportunidad exterior: los actos en España y América de la celebración del quinto centenario, con la visibilidad internacional que ello comportaba, y el creciente protagonismo de las ONG internacionales. El efecto de esta confluencia sería multiplicador e imprevisible, como por ejemplo la articulación de las demandas de los pueblos indígenas del oriente con los del occidente de Bolivia, que se pone de manifiesto en la inclusión entre las reivindicaciones de la defensa de los usos tradicionales de la hoja de coca (“hoja sagrada”), ajenos a la cultura oriental, reivindicación que se llegaría a convertir en emblema nacional frente a la política antinarco tráfico de Estados Unidos: “Coca igual soberanía” (Stefanoni y Do Alto, 2006).

II.4. Movilización política

Finalmente, un factor decisivo en el éxito del MAS es el constituido por la *movilización política* misma, esto es, la apertura de sus propias oportunidades a partir de un contexto inicialmente favorable en razón de los tres grupos de factores examinados hasta ahora. Desglosaremos dos dimensiones de la acción colectiva estrechamente interconectadas: la propiamente *organizativa* y la *discursiva*, en la que hemos de insistir especialmente por las razones apuntadas al comienzo.

Una favorable estructura de oportunidad política constituye un catalizador indispensable, pero no garantiza por sí sola que se traslade de modo efectivo a la acción el *potencial de movilización* indianista que surge de las precondiciones étnicas y económicas. Es precisa una movilización exitosa que supere los problemas de la acción colectiva mediante formatos adecuados que permitan la acumulación de fuerzas y la estructuración de una organización sólida y estable. La *organización* deviene así punto central de cualquier explicación del éxito o el fracaso de una movilización indianista. En lo que respecta al indianismo boliviano existen dos aspectos, al menos, que merecen ser destacados: 1) la previa disposición de un rico sustrato de redes y movimientos; y 2) un formato político plural movimiento-partido generador de un campo multiorganizativo muy inclusivo.

Desde luego, la existencia de unas demandas indígenas desatendidas no se traduce de modo automático en la emergencia de nuevos “*issue*

cleavages” sin una adecuada mediación organizativa: o, en rigor, sin una adecuada producción político-organizativa de las preferencias indianistas. En este orden de cosas, la disponibilidad de un capital previo de organizaciones y redes constituye un factor a todas luces decisivo en la emergencia y eventual éxito del indianismo político (Máiz, 2003a y 2004). Como ya hemos apuntado, la movilización política indianista requiere el establecimiento de redes y vínculos organizativos horizontales frente a la desmovilización y atomización generada por factores: desvertebración territorial, localismo, cierre comunitario, déficit de comunicación social, aislamiento, así como la generada por los vínculos verticales derivados de las estructuras clientelares de dominación. En este orden de cosas el previo capital organizativo aportado por sindicatos (por ejemplo, los sindicatos campesinos bolivianos que se remontan a los años '50), las iglesias, las organizaciones indianistas primeras, constituyó una sólida base de partida de la movilización posterior. Así, la densidad de redes y la madurez organizativa de los movimientos se configura como variables explicativas fundamentales de la fuerza adquirida por el MIP y el MAS (Van Cott, 2005).

Un dato elocuente a estos efectos lo constituye el hecho de que los movimientos y partidos indianistas aparecieron en Bolivia mucho antes que en cualquier otro país de América Latina. Por eso resulta preciso introducir como factor causal del éxito indianista de los '90 los precedentes organizativos de los años setenta: el hecho de que aquellos primeros movimientos o partidos fracasaran con anterioridad a los cambios institucionales y de contexto ya mencionados de 1995, no puede llevar a olvido su decisivo aporte de capital organizativo previo a las movilizaciones y éxitos de los 2000. También, por cierto, en las movilizaciones precedentes resulta preciso rastrear la escisión del indigenismo tanto 1) entre las organizaciones de las tierras bajas y las altas, con dinámicas harto diferenciadas, así como y de modo capital, 2) la división entre una tendencia política etnicista, organicista (*indianista*: la de Luciano Tapia, por ejemplo) y otra más política, pluralista e interétnica (*katarista*: la de Genaro Flores, por ejemplo), explícita en el “Manifiesto de Tiahuanacu” (1980). La masacre de Toalata, Cochabamba, en 1973 impulsaría la movilización en ambas perspectivas. Pero sería en 1978, con la vuelta de la democracia, cuando el katarismo crearía la CSUTB, y en 1982 los iniciales partidos políticos kataristas, que conseguirían los primeros diputados aymaras. De este modo en Bolivia emergen por vez primera partidos indianistas descontentos con los programas y la dependencia orgánica (e instrumentalización) de los partidos tradicionales. Ya en 1983, por cierto, el Congreso Nacional de la CSTUB postuló el reconocimiento de Bolivia como

“Estado plurinacional”. Sin embargo, la desmovilización horizontal y el electorado cautivo incentivado por las redes clientelares, así como la incorporación instrumental de indígenas a partidos no indigenistas (el caso de la Vicepresidencia de Víctor Hugo Cárdenas, como coaligado del MNR, sería el más significativo), fueron obstáculos que se superarían muy lentamente. Asimismo en los años '80 los indígenas de las tierras bajas formaron sus primeras organizaciones articuladas en la CIDOB. La unificación de los sindicatos y organizaciones cocaleros en 1988 daría paso al control por parte de éstos de la CSUTB, situándose en la antesala de superar la lucha meramente sindical y dar el salto a la política partidaria.

La Campaña *500 años de Resistencia* en 1992 constituyó un impulso organizativo decisivo en la visibilidad y consolidación del movimiento indianista. En ese mismo año, el 12 de octubre de 1992, en la Asamblea de los Pueblos Originarios, considerada verdadera acta de nacimiento del movimiento indígena boliviano como sujeto político, se discutió por vez primera la tesis del “instrumento político”, esto es, la creación de una organización claramente política y no solamente sindical, concebida como una federación plural de movimientos sociales. Y también por vez primera en 1992, se observarían señales inequívocas que preanunciaban la escisión entre los partidarios de la participación política y los más radicales, partidarios del retraimiento político, esto es, de combatir el sistema desde fuera, y para los que las demandas de la autodeterminación de los pueblos originarios se concretaban en el retorno al Ayllu y al Qullasuyo (Stefanoni y Do Alto 2006: 57). De hecho, la división haría una y otra vez acto de presencia: en 1997 aparecerá la CONAMAQ (Consejo Nacional de Ayllus y Marcas del Qullasuyo) quien, en competencia y antagonismo con los planteamientos de la CSUTB, postularía la reconstrucción de los antiguos territorios andinos (a través del nuevo instrumento de los TCO)

La original relación entre movimientos y partido en el caso del MAS invierte la génesis tradicional de la izquierda revolucionaria latinoamericana: partidos políticos de la ciudad que se acercan al campo para organizar movilizaciones campesinas. Aquí sucede todo lo contrario, son movimientos sociales campesinos e indígenas que se federan, se coaligan para alcanzar posteriormente una dimensión urbana, y más tarde se nacionalizan, no sólo en cuanto al territorio de implantación organizativa, sino en lo que afecta a los objetivos y programas. Además el estilo antiburocrático de los líderes resulta atractivo para electores desencantados con la burocracia, el corporatismo y las componendas, los “arreglos” de las colaciones neoliberales, así como para militantes de los viejos movimientos y partidos de izquierda

ahora en abierta crisis. Esta innovadora relación entre partido y movimientos se traduce, por ende, en una característica fundamental: en la estructura frentista, multiorganizativa del formato orgánico. De hecho, el “instrumento político” ya se presentó inicialmente como una federación de movimientos sociales heterogéneos y siempre en una perspectiva de control desde la base (sindical, movimental) hacia el aparato político partidario. De esta suerte el liderazgo de Morales estuvo siempre, en mayor o menor medida, sometido al control de la base de esa abigarrada urdimbre de asociaciones y movimientos. De ahí ese nada retórico esfuerzo constante por volver a la base (“corríjanme permanentemente”) (Morales, 2006: 13), esto es, no sólo la concepción de que el partido no reemplaza nunca por entero al movimiento, sino que es una parte más del repertorio organizativo del movimiento mismo (Van Cott, 2006). Este capital formato organizativo, plural en la base y articulación movimiento-partido, del Instrumento Político y el MAS es lo que, conjuntamente con las decisivas características discursivas que luego veremos, nos impide calificarlo de *populismo* en el sentido clásico (Stefanoni y Do Alto, 2006; Madrid 2006): el tipo de liderazgo mediato-organizativo y no directo-carismático de Morales resulta una diferencia insalvable a estos efectos.

Finalmente, la CSUTB decidirá en el Congreso de Santa Cruz 1995 (“Tierra, Territorio e Instrumento Político”) dar el salto a la política electoral municipal con la creación de un “instrumento político”, la *Asamblea de la Soberanía de los Pueblos* bajo el liderato de Alejo Véliz (presentado a las elecciones locales bajo la etiqueta de *Izquierda Unida*, que agrupaba al PC y al MAS). Entrada en política electoral, aceptación de la democracia representativa y abandono inequívoco de la lucha armada: son los tres ejes que configuran el repertorio de acción que complementa la antevista estrategia organizativa inclusiva y plural.

No sólo las reformas constitucionales ya señaladas, sino la muy importante red organizativa tejida en los años previos explicará en buena medida el éxito relativo en las elecciones municipales del '95 y en las generales de 1997 (18 por ciento en Cochabamba) que supusieron, a partir de unos resultados electorales muy modestos en el conjunto del país, el principio del despegue del MAS y su líder Evo Morales, que entre tanto se había convertido en un líder de ámbito nacional tras *la Marcha por la Soberanía y la Dignidad*, así como por su detención y posterior puesta en libertad de 1994 (Patz, 1998). En 1997 Morales obtiene en su distrito cerca de un 60 por ciento de los votos, lo que catapultará su popularidad a toda Bolivia. Y en 1998 crea el *Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos* (IPSP), precursor del MAS.

El escenario de desarrollo organizativo dista sin embargo de ser lineal y progresivo, debido a las complejas pautas externas de competición con otras fuerzas e internas en el propio interior del indianismo político, en todo momento escindido en la sin cesar actualizada divisoria entre etnicistas y pluralistas, indigenistas y kataristas. Dicho de otro modo: a las no pequeñas dificultades institucionales previas a 1995, a la competición con otras fuerzas políticas externas, deben añadirse las dificultades que nacen de la honda división interna entre dos proyectos políticos indianistas claramente antagónicos. Más allá de un mero enfrentamiento entre líderes indianistas —Evo Morales, Alejo Véliz y Felipe Quispe— es preciso atender a la divergencia de dos proyectos políticos diametralmente opuestos en cuanto a formato organizativo, estrategia y discurso.

Así, en 2000 se forma el *Movimiento Indígena Pachacuti* (MIP) liderado por Felipe Quispe Huanca, anterior líder del MITKA en los primeros '80, y a partir de 1986 de *Ofensiva Roja de Ayllus Tupakataristas*, con un programa etnicista, antiblanco (manifestando abiertamente rechazo a los “q'aras”), monoétnico aymara, postulando la reconstrucción del incario Kollasuyo. Planteamiento extremo y nacionalista-aymara que le depararán un serio revés en las elecciones de 2002: un 6 por ciento de los votos. Sectarismo y grupusculización que se acentuarían cuando, en 2004, Quispe renuncia a su escaño de diputado para proseguir la lucha por el Qullasuyo desde “fuera del sistema”.

Por el contrario el MAS postula una visión indianista no exclusivamente Aymara sino también Quechua, siendo su líder Morales de ambas procedencias familiares y desenvolviéndose en las dos lenguas. Pero sobre todo: un indianismo muy flexible, no estrechamente etnicista sino abierto a los mestizos y blancos bolivianos, patente en el empeño de Morales de hablar castellano, abierto a alianzas muy amplias con la izquierda, incluso a incorporar como candidatos propios a políticos de tal procedencia (el caso muy significativo del Vicepresidente García Linera), a la procura de votos en caladeros electorales de lo más variado, de ahí el lema: “somos incluyentes” (Morales, 2006: 171). De hecho frente a una estrategia nacionalista indígena aymara excluyente y antiblanca, Morales y el MAS funcionarán crecientemente como un *catch-all party* en el seno de la izquierda, estableciendo alianzas con otros sectores (Gráfico 2), incorporando, como ya se ha subrayado, a líderes y militantes de origen izquierdista (por ejemplo, de la izquierda minera y urbana, en crisis desde 1985) y aún de las clases medias urbanas: “hermanos profesionales, intelectuales, de clase media” (Morales, 2006: 14). Es sintomático en este sentido que una de las

críticas planteadas al MAS desde el MIP es que aquéllos, perdiendo su pureza indígena, “han trabajado con todo lo que tenían”, esto es, han incorporado “elementos ajenos: MNR, condepistas, comunistas guevaristas, de todo” (Quispe, 2006).

Es preciso conectar estrechamente este tipo de liderazgo y este abigarrado pero trabado campo multiorganizativo mediante la extensión horizontal de la movilización más allá de los estrictos límites del indigenismo hacia otros sectores sociales (Gráfico 2), con el éxito electoral del MAS en 2002, donde alcanzó un 19,4 por ciento (casi lo mismo que el triunfador MNR de Sánchez de Lozada, con un 20,8 por ciento). Aún más, es bien visible la capitalización organizativa de conflictos como la “guerra del agua” del 2000 o la “guerra del gas” del 2003, para articular las protestas antineoliberales y las demandas indígenas, con una perspectiva *nacionalista* boliviana: planteando las exigencias de soberanía económica y política frente al control externo de los recursos por las multinacionales.

Por todo ello, resulta de capital interés detenerse en este aspecto del *discurso político* en general poco estudiado pero que, sin embargo, patentiza la existencia de dos proyectos antagónicos de indianismo en Bolivia, tanto en lo que atañe a sus estrategias, cuanto a sus actores, como a sus objetivos.

III. Las estrategias discursivas del MAS y el MIP

En efecto, una de las razones que explican el éxito político-electoral del *Movimiento al Socialismo* de Evo Morales y, correlativamente, el fracaso del *Movimiento Indígena Pachakuti* de Felipe Quispe, reside en las muy diferentes estrategias que uno y otro han postulado (Madrid, 2005; Alcántara y Marenghi, 2006). Así, una estrategia *catch-all* inclusiva por parte del MAS, que inscribía las demandas indianistas en el seno de un mas vasto programa de refundación nacional boliviano, le ha procurado no sólo crecientes apoyos electorales, sino incorporación orgánica de candidatos y cuadros de partido procedentes de los efectivos disponibles de las crisis y desalineamientos de las fuerzas de izquierda y aun de los partidos tradicionales de Bolivia. El éxito del MAS proviene de erigirse en punto de coordinación no sólo de efectivos electorales sino de militantes procedentes de otras organizaciones no indigenistas, abriendo una ventana de oportunidad en la Bolivia sociopolíticamente identificada como *mestiza*. Frente a esto, el MIP ha postulado en todo momento una estrategia etnicista esencialista y excluyente —de hecho: antiblanca— de la mano de un indigenismo de base exclusivis-

ta aymara, que no sólo lo distanciaba de la población mestiza, sino de los indígenas quechuas o guaraníes.

Si analizamos los respectivos esquemas de la dimensión discursiva de ambas estrategias, de la mano de la técnica del *frame-analysis*, podemos ver que subyacente a ambos discursos indianistas se ubica un formato ideológico común: el *nacionalismo*. En efecto, en ambos se encuentran omnipresentes, si bien con diferente peso y articulación, las principales asunciones de la ideología tipo nacionalista: 1) la humanidad se divide en comunidades naturales y sustanciales: las naciones; 2) cada nación es homogénea interiormente, esto es, posee una identidad nacional articulada en torno a los rasgos diferenciales de su etnicidad; 3) esta peculiaridad específica de lo propio señala a su vez la diferencia fundacional con lo ajeno, con otras naciones, deslinda el “nosotros” del “ellos”; 4) la libertad y una existencia auténtica de los ciudadanos requieren su identificación con una nación, hasta el extremo de que la lealtad a la nación prevalece sobre otras lealtades de grupo o clase; 5) las naciones sólo pueden ser libres y realizarse disponiendo de un Estado propio soberano e independiente; 6) el Estado debe de estar al servicio de la nación, de su lengua, cultura e intereses; 7) la libertad y la paz mundiales sólo serán posibles con la libertad e independencia de todas las naciones.

Ahora bien, se trata, con todo, de dos nacionalismos bien diferentes: un *nacionalismo boliviano* en el MAS, en el seno del cual la dimensión indígena se incorpora como base de un proyecto, “para todos” los bolivianos, de refundación nacional; un *nacionalismo etnicista indígena aymara* en el MIP que impugna la realidad nacional, no solo estatal, de Bolivia, de la mano de un proyecto restitucionista del Qullasuyu incaico. Se trata, en suma, de *dos estrategias enmarcadoras y retóricas diametralmente opuestas*: una extensiva e incluyente, que se refleja en el lema *Refundar Bolivia*; la otra intensiva y excluyente, centrada en la construcción de una frontera interior prístina indígena frente a la comunidad mestiza boliviana, expresada en el lema *Las Dos Bolivias*.

En la perspectiva aquí adoptada (Máiz, 2003a, 2003b y 2003c), toda nación es el resultado de un proceso en el que, conjuntamente con los factores ya mencionados más arriba, tiene lugar un decisivo alineamiento de marcos interpretativos entre líderes y ciudadanos, o lo que es lo mismo, un proceso de sobresignificación mítico-simbólica de una comunidad de origen como una entidad natural y autoevidente, no sólo para los intelectuales o políticos nacionalistas, sino para parte importante de la sociedad así interpelada, habida cuenta que sintoniza con creencias y narrativas populares de

autointerpretación étnica. Esto es, genera eficazmente la percepción generalizada de una comunidad, *no* política y relativamente arbitraria, una entre las varias posibles en virtud del contexto y las precondiciones étnicas y estructurales, sino sustancial e inmutable a los ojos de los nacionales, cuyo origen se remonta a tiempo inmemorial, y cuya “esencia” se articula en torno a los elementos diacríticos del núcleo duro de su etnicidad: nombre colectivo, mito común de ascendencia, historia compartida y lineal, cultura diferente, asociación con un territorio determinado, solidaridad patriótica, rechazo de lo ajeno, etc. De este modo, cada *narrativa* nacionalista se teje mediante la articulación simbólica de diversos *marcos* interpretativos específicos y es el eventual, nunca garantizado resultado político de una estrategia enmarcadora determinada.

Es, precisamente, en el seno de esta estrategia enmarcadora, mediante la articulación de valores, elementos étnicos diferenciales, intereses socioeconómicos y objetivos políticos, en el que se solventa en cada caso concreto: 1) el éxito o fracaso de la generalización de la ideología nacionalista como fenómeno de masas y no sólo de élites. En este sentido, la resonancia con la etnicidad recibida, esto es, con el sentido común popular en sus relatos, mitos y símbolos (producto a su vez de elaboraciones en el pasado de líderes, intelectuales y políticos) deviene decisiva para conseguir el alineamiento de marcos interpretativos de las elites y la población, que permitirá la asunción masiva de la ideología nacionalista, deviniendo auténtica *conciencia nacional*; 2) la orientación política del movimiento nacionalista, su repertorio estratégico, los integrantes “auténticos” de la nación y los ajenos a ella, la fórmula de autogobierno, los aliados potenciales, la índole pluralista o monista de la comunidad y el Estado futuro, etc.

Ahora bien, ¿de dónde deriva su extraordinaria fuerza inclusiva y movilizadora la ideología nacionalista? Para dar cuenta de su capitalísima eficacia es preciso prestar atención a las estructuras y dispositivos, atender al tejido mismo del discurso *nacionalizador* (en cuanto performativo, productor de la nación, no meramente expresivo de la misma). El nacionalismo genera un discurso en el que diversos dispositivos de enmarcamiento de tipo moral, factual y estético se superponen de tal manera que proporciona una urdimbre de sentido mediante la cual la identidad de los individuos se inscribe “naturalmente”, mediante inmersión, en la identidad colectiva de la nación. Así, la relación con la patria se formula como vínculo *ético* de deber para un sujeto colectivo dotado de derechos (de autodeterminación, de normalización lingüística etc.); el componente *empírico* aporta las pruebas fehacientes de la diferencia nacional como datos “objetivos”, “eviden-

tes” (lengua, raza, religión, historia, territorio, etc.); un momento *estético*, en fin, introduce los mitos de la “edad de oro”, de la común ascendencia, de la palingenesia, de la mano de una representación donde la nación constituye un hecho *natural* indiscutible, mientras el Estado no es sino un mero ente *artificial*, mudable.

Pero además, los procesos de enmarcamiento y las estrategias retóricas de la ideología nacionalista desarrollan tres tareas decisivas para la movilización política y la construcción nacional que dan lugar, a su vez, a tres tipos diferentes de marcos interpretativos: de diagnóstico, pronóstico y motivación.

a. Los *marcos de diagnóstico* identifican determinados acontecimientos o realidades como intrínsecamente problemáticos, como síntomas de un síndrome más vasto que les confiere sentido y demanda urgente solución: el “problema” nacional. Asimismo, este tipo de enmarcamiento designa no solamente las *causas* objetivas del mal nacional, sino los agentes responsables de las mismas, los antagonistas (la falta de Estado propio bajo la opresión de otra nación, la presencia de extranjeros que interfieren la homogeneidad sustancial cultural, la amenaza de una nación vecina, etc.). La función atributiva de los marcos de diagnóstico implica la imputación de motivos, intereses espurios y rasgos negativos a los “culpables”, a quienes se responsabiliza de causar el problema, pudiendo estar situados no sólo en el exterior sino en el propio interior de la nación. Este tipo de marco interpretativo resulta decisivo, pues procede a ubicar ora a otros agentes, ora a otras comunidades o minorías nacionales en el papel de *antagonista*. Esta identificación del culpable constituye un eficazísimo dispositivo movilizador que visualiza y polariza el rechazo de forma personalizada y simplificada, resolviendo la complejidad multicausal de los problemas sociales y proporciona un arquetipo del otro, como diferente, extraño o, en última instancia, como enemigo.

b. Los *marcos de pronóstico* muestran una *alternativa*, una solución al problema nacional previamente diagnosticado, tanto en lo que se refiere a la regeneración de la propia comunidad como comunidad nacionalista, homogénea y diferente, cultural y lingüísticamente normalizada, dotada de conciencia nacional políticamente expresada; cuanto en lo que atañe a los objetivos políticos de la movilización: autodeterminación, soberanía, secesión. Paralelamente, los marcos de pronóstico designan asimismo el portador del cambio salvador; en suma, los *protagonistas* del cambio, que representan los intereses de la nación, apoderando metonímicamente (al tomar la parte por el todo) a los intelectuales, líderes, partidos nacionalis-

tas, etc. para que se constituyan en portavoces autolegitimados del entero sujeto colectivo que es la nación.

c. Los *marcos de motivación*, finalmente, proveen de un repertorio de estímulos para la movilización: dramatización del problema, símbolos nacionales, mito de los precursores que precedieron a los actuales líderes, de la homogeneidad interna y la diferencia con otras naciones, posibilidades de éxito de la lucha nacional que refuerzan la plausibilidad de los objetivos, etc. Además, los marcos de motivación proveen de modo capital el *repertorio de acción*, esto es, del elenco de recursos de movilización requerido para la solución del problema nacional, ajustando medios y fines, y propugnando ora la reivindicación pacífica, la competición electoral y parlamentaria, ora legitimando el uso de la violencia frente al otro convertido en enemigo externo e interno, etc.

Pues bien, las estrategias enmarcadoras del MAS y el MIP se diferencian en todas y cada una de estas tres dimensiones de modo radical, articulando algunos puntos comunes (antineoliberalismo, defensa de los recursos, lengua y autogobierno indígena, etc.) de modo muy diverso en lo que atañe al diagnóstico, al pronóstico, así como al repertorio de acción. En lo que sigue procederemos a un análisis de marcos a partir de un *corpus* empírico conformado por los discursos, entrevistas a Morales y Quispe, y documentos oficiales (principios, programas, propuestas) del MAS y el MIP.

Pues bien, como puede verse en el Cuadro 1, las diferencias comienzan en la definición misma del *problema* que se denuncia. Ciertamente que en ambos discursos el “colonialismo”, el “imperialismo”, el “capitalismo”, y más recientemente el “neoliberalismo”, se configuran como raíz del problema nacional-indígena boliviano: el “exterminio de los pueblos originarios”, la “discriminación, odio, desprecio” y el “racismo” para con la población indígena, conjuntamente con el “saqueo de los recursos” renovables y no renovables. Ahora bien, en el discurso del MAS el problema se enmarca claramente en una perspectiva nacional-boliviana (“la Bolivia vendida, retaceada, sometida”), de denuncia de la destrucción del Estado nacional, de pérdida de la *soberanía* en el Estado “colonial” o “neocolonial”. Mientras, en el discurso del MIP, el problema se formula de modo mucho más estrecho, como de ámbito exclusivo étnico indígena, de “desnaturalización de la nación indígena”, enfrentada a la “destrucción de la herencia nacional india originaria”, de la que se responsabiliza no sólo a un sistema colonial e imperialista, sino más radicalmente a la “cultura de los blancos”, al “sistema q’ara (blanco)”, al “mundo occidental” en su conjunto. Así, lo que para el MAS es un problema nacional boliviano leído siempre, eso sí, desde sus raíces indíge-

nas explotadas, oprimidas y no reconocidas, para el MIP lo es nacional-indio, o más exactamente aún: nacional-aymara, abiertamente enfrentado a cualquier reformulación del Estado boliviano. Para el MAS el eje definidor del problema es la *Nación Boliviana*, que debe renacer a partir de la “nación originaria”, refundarse sobre nuevas bases, como veremos. Esto, sin embargo, es rechazado por el MIP, habida cuenta de que Bolivia es un Estado (opresor, colonial, superficialmente “bolivianizador” de la población indígena), no una nación.

En efecto, para el MIP el problema reside en la simultánea “republicanización” y “bolivianización” de la ancestral nación aymara: la imposición de un Estado occidental y una nación ficticia, mediante el Estado nacional boliviano, a la nación aymara originaria. Esta última resulta definida, explícitamente, como una nación al estricto modo *organicista*, esto es, configurada por la presencia objetiva de determinados elementos diacríticos: 1) por su *historia* inmemorial previa a la colonización y, posteriormente, los 500 años de resistencia al invasor occidental; 2) por su *territorio* natural (el “Qullasuyo”) que no coincide con las artificiales fronteras políticas estatales; 3) por su *idioma* indio (aymara), frente a la imposición de una lengua ajena, el castellano; 4) por su *cultura* propia: usos y costumbres, pero sobre todo, el modo de indio producción, donde “no existe el capital ni la explotación institucionalizada”, sino el trueque, la reciprocidad y la redistribución (Quispe, 2001); 5) por sus ancestrales formas de autogobierno e *instituciones* comunitarias (democracia comunal participativa y deliberativa, la estructura en red del “ayllu de ayllus”); y 6) en fin, por su *religión* andina portadora de valores de fraternidad, paz y armonía con la naturaleza (Pachamama, Cocamama), frente al catolicismo violento e imperial. Por el contrario, Bolivia es un Estado, pero en modo alguno constituye para el MIP una nación: pues carece de territorio propio (anclada sobre el territorio indígena originario), sus fronteras son artificiales, y ha sido amputada de salida al mar, que sí poseía antaño el Tawantinsuyo; no posee tampoco lengua propia, pues la imposición del idioma de los españoles, colonial, no ha logrado erradicar a las lenguas vernáculas.

El nacionalismo del MAS se articula de modo bien diferente: se trata aquí de la postulación de una nación boliviana de base indígena, pero en la que “cabén todos”, un nacionalismo plural en el que se articulan estrechamente: 1) una base étnico diferencial y cultural, las raíces indígenas asimismo plurales (quechua, aymara, guaraní), con los blancos y mestizos. En el Cuadro 2 puede verse, esquematizada, la narrativa nacionalista palingenésica en el discurso del MAS y sus fases: Edad de Oro (Nación originaria), larga

Decadencia de 500 años (Conquista y Colonia, República criolla, Globalización), y final Renacimiento (Refundación nacional). Obsérvese, sin embargo, que tras el relato mítico-movilizador de esta narrativa, se vinculan íntimamente la base indígena (plural) de la Nación Boliviana, con el proyecto político de refundación de una nación pluricultural y plurinacional, como una comunidad más amplia que alberga y puede acomodar en su interior, de estructurarse cabalmente, diversas comunidades. El despertar nacional, con el trasfondo del mito clásico nacionalista de la “*Bella durmiente*” (“alzamiento del pueblo katari durmiente”), permite la síntesis de demandas en clave nacional boliviana (soberanía), con la autodeterminación y autogobierno de los pueblos indios, así como con una política de control y protección de recursos que, más allá de la nacionalización del agua o los hidrocarburos (“que deben ser muy aprovechados por la nación”), apunta a una perspectiva ecologista, en la que el ecosistema, se integra como una dimensión sustantiva vinculada al territorio (que no la “tierra” como espacio extractivo y productivo) y a través de éste a la “Nación originaria”, mediante un nexo que vincula de modo indisoluble comunidad y naturaleza.

Estos dos enmarcamientos nacionalistas del problema boliviano-indígena, se reflejan en la configuración de los siguientes momentos del discurso: los marcos de diagnóstico y los de pronóstico. En cuanto los marcos del *diagnóstico*, como puede observarse en el Cuadro 2, para el MAS las *causas* fundamentales del problema boliviano son de tres tipos: a) económicas: el neoliberalismo de la nueva política económica de Paz Estensoro, Sánchez de Lozada etc., la privatización de los recursos y servicios públicos; b) político internacionales: en el “imperialismo” y el colonialismo (“dependencia”, “Estado neocolonial”, etc.); c) político internas: “corrupción”, “partitocracia”, clientelismo (“poder de la prebenda”), centralismo d) culturales: pérdida de los referentes propios indígenas bolivianos, desde la exclusión fundacional de los indígenas de la República. La diagnosis del MIP, manteniendo algunos elementos comunes, muestra, sin embargo, importantes diferencias: 1) *anticapitalismo* radical y no mero “antineoliberalismo”, 2) *antioccidentalismo* expresado en el rechazo abierto del “mundo y la cultura q’aras”; 3) impugnación de la nación boliviana en su pasado, presente, y eventual futuro (“eso que se llama Bolivia”); 4) crítica de la democracia liberal representativa, del “legalismo” y el “oficialismo”. Esto es, el MIP se sitúa, con radical ajenidad, en el exterior del sistema político, nacional, cultural y económico de Bolivia. No aspira a su reforma sino a su impugnación integral, en una perspectiva secesionista de fragmentación comunitarista de base indígena.

Este diagnóstico de las causas del problema se traduce, a su vez, en una *ecología de agentes antagonistas*, responsables de los males denunciados, asimismo bien diferente. Mientras para el MAS el campo de los enemigos se reduce a los “agentes externos” (multinacionales, gobierno de Estados Unidos) y sus “aliados locales”, los “sin patria”, “con bolsillo pero sin corazón” (“criollos traidores”, “oligarquía nacional”, “partidos tradicionales”); para el MIP el espacio del antagonismo se amplía extraordinariamente, de la mano de una dialéctica excluyente: nosotros/ellos, propio/ajeno, amigo/enemigo, indio/blanco (= occidental). Así, un discurso étnico, que se enuncia desde una etnicidad prístina aymara, expulsa no sólo a “los gringos”, los “blancos” (“q’aras”), de las multinacionales o los Estados Unidos, sino que, de la mano de la contraposición indio/blanco, acaba por considerar “extranjeros”, “inquilinos”, a blancos y mestizos bolivianos de varias generaciones, situándolos objetivamente, pese a las protestas de no querer “reemplazar un racismo blanco por un racismo indio”, en el campo de los antagonistas. Este discurso extremo de la pureza étnica, se refuerza por ende con un radicalismo izquierdista que expulsa del proyecto político del MIP no sólo a los partidos de izquierda (“toditos rechazados”), sino lo que es más importante: al propio MAS, el cual resulta considerado explícitamente como antagonista (“dos grupos antagónicos se disputaban y se disputan el control del movimiento indígena y originario”), y aún más, considerado como “lo que más nos perjudica” (Quispe, 2001), en razón de su reformismo (“integrados al sistema”), su naturaleza socialdemócrata (“aceptan hasta el capitalismo”, “Morales no va a cambiar nada”) y resultar interlocutores no fiables (“oportunistas”), etc.

En esta dialéctica del amigo y el enemigo, el intelectual y posterior vicepresidente García Linera, antiguo compañero de armas de Quispe, ocupa una posición bien emblemática: ejemplificador para Morales de la extensión al ámbito nacional de apoyos del movimiento indigenista vía clases medias e intelectuales urbanas, resulta considerado por Quispe como el prototipo de “traidor”, o más exactamente del “blanco traidor”. Nada más significativo de este proceso de guettización y grupusculización del MIP, implementado mediante severísimos criterios de exclusión y elitismo étnico, que la denuncia de los “asesores blanco-mestizos” y la “mezcla que gobierna este país” con Evo Morales.

En lo que se refiere al marco de *pronóstico*, las alternativas propuestas por los discursos del MAS y el MIP asimismo difieren notablemente (Figuras 1 y 2). En estricta coherencia con el marco nacionalista boliviano de la

diagnos, el MAS postula un abanico de alternativas presidido por la recuperación de la “soberanía nacional” perdida a manos del imperialismo, las multinacionales y la globalización neoliberal y sus apoyos locales (“partidos tradicionales” y “oligarquía”). Es precisamente en este sentido en el que se postula la “refundación de Bolivia” como una nación “digna y soberana” y la interpretación de la necesaria “Asamblea Constituyente” como “la segunda independencia de nuestra nación”. Ahora bien, la recuperación de la soberanía nacional ante los “agentes externos” (multinacionales, gobierno de Estados Unidos, Banco Mundial, etc.) posee una fundamental dimensión asociada de profundas reformas internas, que afectan tanto al Estado como a la Nación Boliviana. Podemos sintetizarlas en tres aspectos fundamentales: 1) *la nación*: el reconocimiento de la pluralidad nacional, cultural y lingüística de Bolivia. Ahora bien, esta pluralidad nacional no se traduce en modo alguno en un “multiculturalismo” de comunidades (mestiza, aymara, guaraní, quechua, etc.) aisladas y encerradas en sí mismas, sino colectivamente inscritas en un proyecto nacional común, en una Bolivia concebida (aunque no se emplee expresamente este sintagma) como *una nación de naciones*. Así se pone de manifiesto en la articulación del vocabulario del reconcomiendo de la pluralinacionalidad (“derechos de los pueblos”, “autodeterminación”, “territorialidad”, “ciudadanía diferenciada”, “cooficialidad lenguas indígenas”, etc.), con el de la cohesión y la solidaridad nacional (“unidad en la diversidad”, “unidad e integridad”, “autonomía con solidaridad”). Esto es, no se trata solamente de poner en pie un “Estado multinacional”, “una república democrática plural”, sino asimismo construir una nueva nación común boliviana basada en el “diálogo entre culturas”, la “interculturalidad” y la redistribución social interterritorial (“solidaridad regional”, “solidaridad y reciprocidad”, etc.). 2) *La democracia pluralista*: la refundación de Bolivia se traduce a estos efectos en un doble eje: la autonomía y autogobierno territorial de las comunidades indígenas (“autonomías municipales, indígenas y departamentales”) y, en no menor medida, en la síntesis entre la democracia representativa con la democracia participativa (referéndum, plebiscito, iniciativa popular y revocación de los gobernantes). Pero también con la recuperación de la democracia tradicional de las comunidades, en la que tienen cabida las prácticas comunales (“sistemas comunitarios tradicionales de toma de decisiones y formas de elección”). Lo cual se complementa, si bien en menor medida, con el reconocimiento del derecho indígena, frente al tradicional monismo jurídico del Estado nacional. 3) *Justicia social*: los dos elementos anteriores soberanía y pluralismo cultural se desarrollan, a su vez, en un proyecto de solidaridad,

justicia social y una economía al servicio de los bolivianos, a partir de la nacionalización de los recursos, la redistribución y la intervención estatal a favor de una “economía social”. La invocación al socialismo (reclamada, en principio, por la propia sigla del partido: *Movimiento al Socialismo*) se modula en una política reformista (“socialdemócrata” en la calificación del MIP) de amplio alcance mediante una “economía social, comunitaria, con iniciativa privada”, de “capitalismo” antineoliberal, nacional y con raíces (“capitalismo andino” en la expresión de García Linera), que apunta a una suerte de Estado de Bienestar, sintetizado en el lema *suma q kamaña* (“vivir bien”), que preside la propuesta del MAS a la Asamblea Constituyente. 4) Finalmente, un elemento sustantivo y no meramente adjetivo en este discurso, como puede verse en la Figura 1, es el *ecologismo político*: la “armonía con el medio ambiente” (“vivir en completa armonía, fraternidad y respeto mutuo con la madre naturaleza”), que va más allá, como decíamos, de la nacionalización de los recursos naturales como patrimonio del pueblo boliviano, para entroncar con la dimensión nacional de la refundación de Bolivia. A saber: la defensa de una relación con la naturaleza distinta a la propia de la cultura occidental, la unidad con el ecosistema y la valoración económico-simbólica del medio ambiente y de la biodiversidad “como parte de la nación originaria y por lo tanto de la Pachamama y la Pacha”. Comunidad y Naturaleza, una vez más, se configuran así como un todo en el que la refundación de Bolivia, como nación plural de base indígena, se prolonga en un modelo alternativo de desarrollo “sustentable”, formulado en clave no esencialista, sino de democracia deliberativa y participativa (“el Estado consultará a los pueblos indígenas sobre el uso de suelos y subsuelos que se encuentren en sus territorios”).

Para el MIP sin embargo, las alternativas vienen férreamente marcadas por el previo marco de diagnóstico: un proyecto comunitarista aymara (“nueva tierra Quyasuyana”), orientado desde una visión indígena de nación en el que “la recuperación de la herencia nacional aymara originaria” posee muy diferente alcance que la antevista en el MAS. Y es que aquí el pronóstico se desentiende, cuando no abiertamente niega la realidad nacional boliviana, y se centra en el objetivo de “desplazar el sistema Q’ara”, de la mano de una política “radical” que se sintetiza en cuatro ejes (Figura 2): 1) *comunitarismo etnicista* (“limpiar la basura colonial”, “propio pensamiento filosófico indio”, “lavaje cerebral de ideología occidental”, etc.), orientado a un proyecto secesionista indígena de reconstrucción del Incario; 2) *anticapitalismo* y no meramente antineoliberalismo, que se traduce en la postulación alternativa del “sistema indio de producción”, del “modo co-

munitario de producción”, un “sistema socialista comunitario”, y en la recuperación de “técnicas productivas ancestrales”, si bien actualizadas; 3) *autodeterminación* y “autogobierno según nuestras costumbres”, en una perspectiva nacionalista *secesionista de facto*, impugnadora no sólo de la nación boliviana en sus términos históricos, como ya hemos visto, sino asimismo de una eventual refundación de Bolivia sobre nuevas bases multinacionales. Esto es, centrado en la reconstrucción de un Estado-nación aymara monoétnico (“constitución política del Estado Qullasuyano”); 4) rechazo en los principios de la “democracia representativa y liberal” y defensa de una alternativa “democracia comunal”, “participativa”, “deliberativa”, de un “comunitarismo democrático”.

Esta radical diferencia del pronóstico en lo que atañe a las soluciones, se traduce en una asimismo radicalmente diferente ecología política de la *constelación de actores protagonistas* del cambio. El MIP de la mano de su nacionalismo etnicista aymara, presenta un elenco en extremo reductivo, casi en exclusiva indígena, de la mano del vocabulario de la autenticidad y la vanguardia (“indios auténticos”, “vanguardia indígena”). Una delimitación de los protagonistas, que se transforma en exclusión de otros actores (blancos, mestizos), e incluso sin lugar propio o bien meramente marginal y subordinado para otras comunidades o actores indígenas no aymaras. El MAS, por el contrario, al hilo de su nacionalismo boliviano muestra un discurso explícitamente inclusivo (“todos juntos”) que, desde la izquierda y el indigenismo interpela a “la gran mayoría” de Bolivia (la “Bolivia indígena y popular”), en el que no solamente las clases populares (“indígenas, campesinos, obreros, excluidos”) tienen cabida, sino que la interpelación constitutiva se amplía a “profesionales, intelectuales y clase media”, e incluso a la “clase empresarial nacional”, no dependiente del capital multinacional. Este es el objetivo estratégico: una amplia alianza de clases, un bloque social nacional, hegemonizado por el MAS, en el seno del cual las reivindicaciones del movimiento indigenista en modo alguno se diluyen, ni se subordinan, sino que siguen siendo centrales. Finalmente, todo ello se vuelca, como no podía ser menos, en muy diferentes repertorios de acción y de estructura de la dimensión mítico-simbólica en el *marco de motivación*. Así, el MIP, guiado por el motivo de la “revolución india originaria”, autoconceptuado como “partido revolucionario” (“a nosotros nos tocará el cambio total”), postula una “posición radical” de *antagonismo* de “las dos repúblicas: india y q’ara”, que se prolonga en un escenario de “lucha de naciones”, en concreto, de “las dos Bolivias”. Se trata de una estrategia de deslinde de espacios y *fronteras interiores* que, guiado por una política de autenticidad etnicista, se concreta

en: 1) rechazo de la “democracia occidental” y la lucha electoral (“contra la democracia occidental, representativa”), o bien en su utilización meramente instrumental, residual, privilegiando la “rebelión” y aún, explícitamente, “la lucha armada” (“no legalismo”, “imitar el levantamiento armado del Zárate Willka”, “ejército comunal”, “así que tenga que derramar mucha sangre”, etc.). Tales son los principios que subyacen a la llamada “estrategia de los dos brazos” o “los dos caminos” el armado (“el brazo debajo del poncho”) y el electoral (“legalista”, “reformista”, “integrado al sistema”); 2) impugnación simbólica de la nación boliviana mediante un explícito juego de dicotomías: whipala vs. bandera tricolor; “El Mallku” como “Presidente de la República del Kollasuyo” (legitimidad étnico-nacional) vs. el presidente de Bolivia (legitimidad legal-estatal); Tawantinsuyo (nación aymara en su totalidad andina) vs. Bolivia (artificio occidental); 3) sectarismo político aislacionista: que lleva a situarse “fuera del proceso”, en ajenidad completa al “gobierno de mezcla” (“no hacer unidad por unidad”, “no ser dialoguistas”, “no acudir a elementos ajenos al indio”), aguardando “rebeliones futuras”.

Por el contrario, la estrategia discursiva del MAS es, en razón de la diagnosis y prognosis antevistas, abiertamente inclusiva: “somos incluyentes”. Lo que se traduce en: 1) prioridad de la lucha electoral, compatible con otras movilizaciones pacíficas: marchas, bloqueo de caminos (“cambiar Bolivia no con balas, sino con votos”). El sufragio universal mismo se interpreta como una conquista pasada de la movilización y las luchas de las clases populares; 2) construcción de un *partido* político, plural y en permanente relación con la base del *movimiento* indígena, como fuerza de aglutinación que conduzca a la “revolución nacional democrática” o “revolución democrática y cultural”, de la mano de reformas profundas en las políticas públicas y las instituciones (radicalidad “reformista” de las que da testimonio el rechazo a una mera reforma de la Constitución, para postular una refundadora Asamblea Constituyente); 3) compatibilidad de símbolos nacionales bolivianos e indígenas: “bandera nacional y whipala”, flor de kantuta, flor de patajú, etc.

En definitiva, las estrategias enmarcadoras del Movimiento al Socialismo y el Movimiento Indígena Pachakuti, forman parte fundamental de dos proyectos alternativos no solo en lo que respecta a objetivos y programas, sino a estrategias políticas y organizativas pues, aspecto asimismo decisivo, estructuran las respectivas ecologías de agentes protagonistas del cambio, la configuración del “nosotros” frente al “ellos”, lo “propio” frente lo “ajeno”, el “amigo” vs. el “enemigo”, mediante el que se constituye el sujeto colectivo que alumbra la nueva nación. Así, el *nacionalismo etnicista aymara* del MIP

lo conduce a una estrategia de antagonismo, de delimitación de fronteras interiores sobre requerimientos de autenticidad indígena, a una reducción del campo de los protagonistas de negativas consecuencias político-electorales, a un creciente encapsulamiento aislacionista y sectario. Por su parte, el *nacionalismo pluralista boliviano* del MAS le facilita la articulación hegemónica, la dirección intelectual y moral de un nuevo bloque social interclasista e interétnico, así como de un nuevo proyecto nacional para Bolivia. Esto, sin embargo, lo sitúa ante el reto histórico de cohesionar intereses y preferencias muy diferentes, incluso contradictorias, muy especialmente entre Oriente y Occidente, sin abandonar sus raíces, su inicial razón de ser: las demandas de los pueblos y naciones indígenas originarias.

Gráfico 2

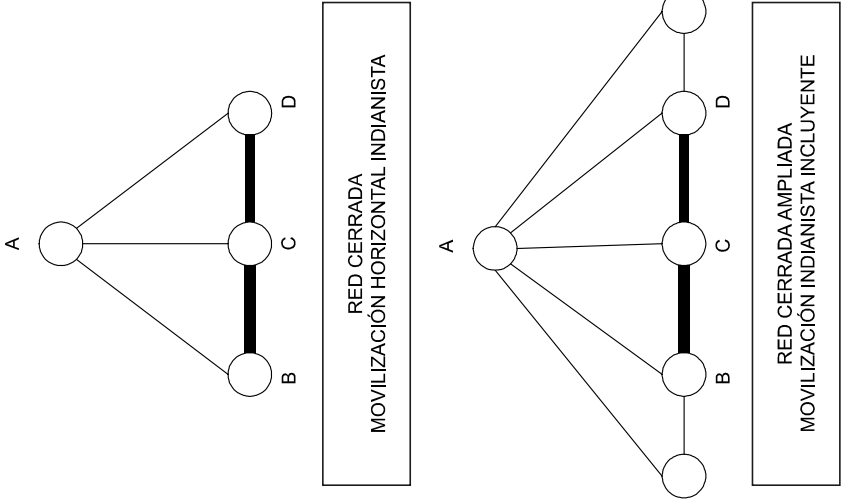
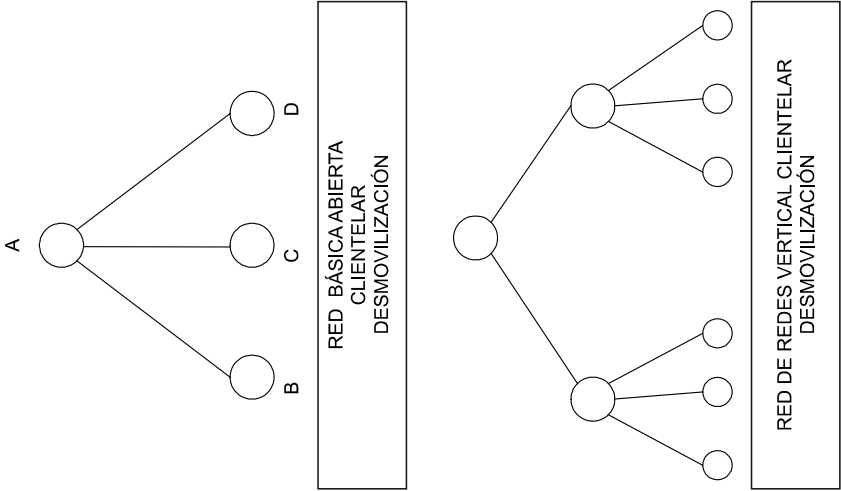


Gráfico 1



Cuadro 1

Análisis comparado de marcos

MAS: MARCOS INTERPRETATIVOS
REFUNDAR BOLIVIA

PROBLEMA

"Bolivia vendida, retaceada, sometida"
"Destrucción Estado nacional"
"Exterminio pueblos originarios"
"Exclusión fundación Bolivia población indígena (1825)"
"Saqueo recursos naturales"
"Colonización"
"Discriminación, odio, desprecio"
"Sojuzgamiento imperialista"

DIAGNOSIS: CAUSAS

"500 años de saqueo y exterminio"
"Neoliberalismo", "Nueva política económica", "Imperialismo",
"Estado Neocolonial", "Colonialismo interno"
"Dependencia total", "instrucciones externas",
"imposiciones extranjeras"
"País loteado", "país subestado", "país transnacionalizado"
"Privatización servicios básicos (agua, hidrocarburos)"
"Modelo occidental de industrialización"
"Política exterior USA: "coca cero", "Plan Dignidad"
"Corrupción", "Partitocracia", "Poder de la prebenda"
"Democracia occidental importada"
"Centralismo"
"Racismo", "discriminación"
"Desempleo", "Emigración"

DIAGNOSIS: ANTAGONISTAS

"Agentes externos y sus aliados locales"
"Criollos traidores" (1781, 1821)
"Imperio" "Estados Unidos"
"Gobiernos extranjeros"
"Corporaciones multinacionales"
"Aliados locales: García Meza, Sanchez Lozada"
"Oligarquía nacional", "sin patria"
"Partidos tradicionales"
"Fuerzas armadas USA"
"Prefectos", "Gobernadores"

MIP: MARCOS INTERPRETATIVOS
LAS DOS BOLIVIAS

PROBLEMA

"Destrucción herencia nacional india originaria"
"Dominación y explotación q'ara"
"Cultura de los blancos"
"Colonialismo", "Capitalismo"
"desnaturalización de la nación indígena"
"Pérdida cultura ancestral"

DIAGNOSIS: CAUSAS

"Bolivianización de la nación Aymara"
"Sistema capitalista, colonialista, racista e imperialista"
"Llegada de los españoles"
"Intoxicados por la ideología occidental"
"Saqueo riqueza y patrimonio indígena"
"Eso que llaman Bolivia"
"Bolivia no es una nación"
"Republicanización del país"
"Neoliberalismo"
"Política boliviana narcotizada"
"Democracia liberal, representativa"

DIAGNOSIS: ANTAGONISTAS

"El blanco es traidor"
"Gringos", "Blancos", "Q'aras", "occidentales"
"Extranjeros", "inquilinos", "minoría colonial", "casta dominante"
USA, Imperio
Borbones, Pizarro, Almagro, Bolívar, Sucre, Banzer, Paz Zamora,
"Representantes de los USA: 'Gofi', Mesa"
"Criollos latifundistas"
"Partidos de izquierda", "derechizados"
"MAS", "Evo Morales": "Grupos antagónicos", "Socialdemócratas y reformistas", "socialismo cristiano"
"Remendar el sistema", "oportunistas", "juego sucio", "Integrados al sistema", "lo que más nos perjudica"
García Linera, "blanco traidor"
"Asesores blanco-mestizos"
"Políticos legalistas, oficialistas"
"La mezcla que gobierna este país"

MAS: MARCOS INTERPRETATIVOS
REFUNDIR BOLIVIA

PROGNOSIS: ALTERNATIVAS

"Bolivia digna y soberana, capaz de albergar a todos"
"Soberanía nacional", "soberanía económica",
"soberanía alimentaria"
"Nacionalización de los recursos naturales"
"Renacimiento de nuestra patria",
"refundación de Bolivia"
"Estado multinacional", "República democrática plural"
"Diálogo entre culturas",
"unión en la diversidad", "unidad e integridad"
"Derechos de los pueblos", "Autodeterminación"
"Territorialidad" (TIO)
"Ciudadanía diferenciada"
"Autonomía con solidaridad"
"Cooficialidad lenguas indígenas"
"Democracia representativa y participativa (comunitaria)"
"Nacionalización recursos"
"Economía social", "Capitalismo andino"

PROGNOSIS: PROTAGONISTAS

"Todos Juntos cambiaremos la historia"
Precursores: T. Amaru, T. Katari, B. Sisa, Zárate
W illka, Bolívar, Guevara
A. Tumpa, A. Ibáñez, M. Quiroga, L. Espinal
"Bolivia indígena y popular", "Sectores mayoritarios"
"Movimiento indígena y campesino"
"Sectores populares: unidad en diversidad"
"Indígenas, campesinos, obreros, excluidos"
"Profesionales, intelectuales, clase media"
"Clase empresarial nacional"
"Alvaro García de Linera"
"Todos los bolivianos"
"Mujeres bolivianas: las compañeras son dinámicas"
"Gobierno de poncho y corbata"
"Cultura andina y amazónica"

MIP: MARCOS INTERPRETATIVOS
LAS DOS BOLIVIAS

PROGNOSIS: ALTERNATIVAS

"Nueva Tierra Q'wasuyana"
"Recuperar herencia nacional aymara original"
"Visión indígena de Nación"
"Somos Tupakataristas"
"Desplazar el sistema Q'ara"
"Constitución política del Estado de Qullasuyo"
"Tawantinsuyo: nación aymara en su totalidad"
"Lucha revolucionaria"
"Pachakutismo divino revolucionario"
"Propio pensamiento filosófico indio"
"Propios recursos comunitarios"
"Limpiar la basura colonial"
"Sistema indio de producción" vs. capitalismo
"Modo comunitario de producción" (ayni, mink'a, gamana)
"Sistema socialista comunitario"
"Técnicas productivas ancestrales"
"Comunidades, Ayllus, Tawantinsuyo"
"Reconstruir el Ayllu comunitario"
"Ayllu de Ayllus"
"Autodeterminación",
"Autogobierno según nuestras costumbres"
"Democracia comunitarista, participativa" vs.
Representativa, liberal
"Comunitarismo democrático"

PROGNOSIS: PROTAGONISTAS

"Nosotros mismos, comunarios"
Tupac Katari, Tupac Amaru, Zárate Willka
"Indios Aymaras",
"Nación india", "Nación Aymara"
"Movimiento indígena"
"Vanguardia indígena"
"Indianismo americano"
"Movimiento Indígena Pachakuti: política india auténtica"
"Actor político con pensamiento propio"
"Mallku de América"

Ramón Máiz

MAS: MARCOS INTERPRETATIVOS
REFUNDIR BOLIVIA

REPERTORIO MOVILIZACIÓN

"Cambiar Bolivia no con balas, sino con votos"
"Pachakuti", "Jach'a Uru" = "Revolución nacional democrática"
"Doblar las manos del Imperio"
"Poder de la conciencia",
"Revolución cultural democrática"
"Voto: conquista popular de 1952"
"Movimientos sociales: campo y ciudad"
"Unidad", "Somos incluyentes"
"Instrumento político y popular" (MAS)
"Bloqueos de caminos"
"Marcha soberanía", "Marcha Fantasma", "Marcha dignidad"
"Campaña 500 años resistencia"
"Transformaciones pacíficas, profundas"
"Defensa recursos nacionales: hidrocarburos, agua, tierra y territorio"
"Coca no es cocaína", "Hoja sagrada"
"Coca= soberanía, dignidad nacional"
"Símbolos patrios" "Bandera nacional y whipala"
"América: Aloya Ayala"
"Quyasuyo", "Tawantinsuyo"

MIP: MARCOS INTERPRETATIVOS
LAS DOS BOLIVIAS

REPERTORIO DE MOVILIZACIÓN

"Lucha de naciones, las dos Bolivias"
"Revolución indígena originaria"
"Antagonismo de las dos repúblicas: india y Q'ara"
"No racismo indio vs. racismo blanco"
"Imitar el levantamiento armado del Zárate Willka"
"Sacral ideología extranjera del cerebro indio"
"Lavaje cerebral de la ideología occidental"
"Ejército comunal"
"Formas comunitarias de lucha y organización"
"Cercar La Paz"
"Movilización, no negociación", "Rebelión"
"No legalismo",
"No ser dialoguista"
"Lucha armada", "Posición radical"
"Así que tenga que derramar mucha sangre"
Estrategia de los "dos brazos, "dos caminos":
- Armado ("el brazo debajo del poncho")
- Electoral
"No acudir a elementos ajenos al indio"
"No hacer unidad por unidad"
"Contra la democracia occidental, representativa"
"No juego electoral", "Al margen del juego electoral"
"Fuera del proceso del gobierno de mezcla"
"Aguardando futuras rebeliones"
Pacha Mama, Coca Mama = Nación Indígena
"Ellos/nosotros"
Wiphala vs. Bandera nacional tricolor, opresora
Identidad aymara vs. Camet de identidad boliviana
Kollasuyo, Presidente de la República del Kollasuyo vs. Presidente de Bolivia
Tawantinsuyo = nación aymara

Figura 1

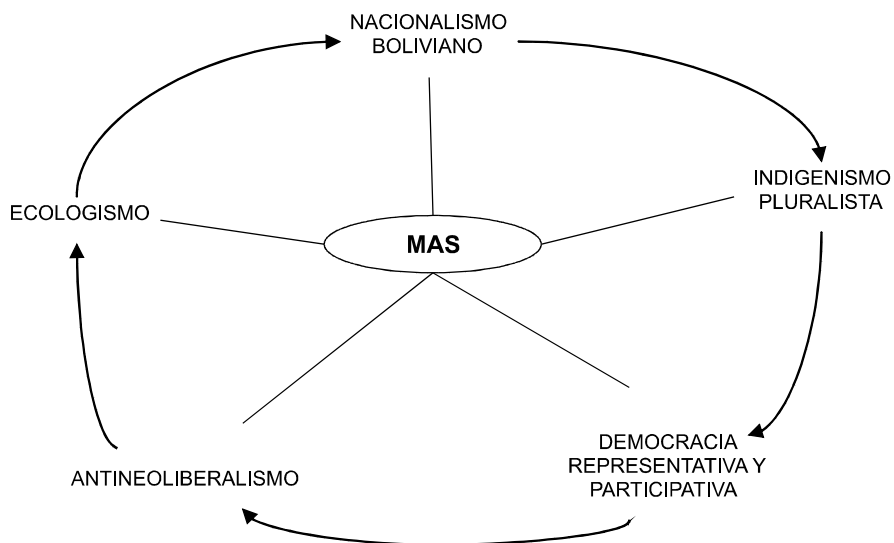
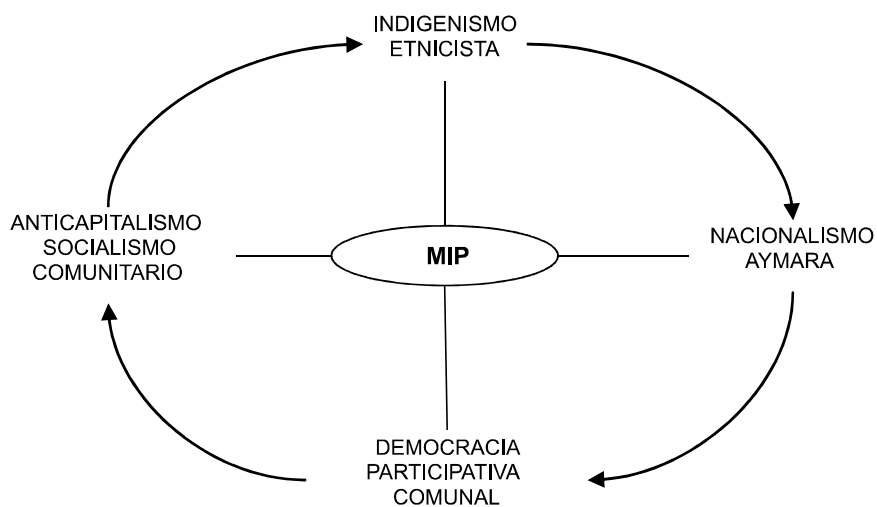


Figura 2



Bibliografía

- Albó, X., A. Ticona y G. Rojas (s/d). *Votos y Wiphalas*, La Paz, CIPCA.
- Albó, X. (2003). “222 años después: la convulsionada Bolivia multiétnica”, ponencia presentada en la Conferencia Democracia, Gobernanza y Bienestar en las Sociedades Globales, Barcelona, IIGC.
- Albó, X. (2006). “Hacia una Bolivia plurinacional e intercultural”, ponencia presentada al Congreso CIDOB, Barcelona.
- Alcántara, M. y P. Marengi (2006). “Los partidos étnicos en América del Sur: algunos factores que explican su rendimiento electoral”, ponencia presentada al Congreso CIDOB, Barcelona.
- Birbir, J. K. (2007). *Ethnicity and Electoral Politics*, Nueva York, CUP.
- CSUTCB, Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (2006). *Nueva Constitución Plurinacional*.
- Chihu, A. (2006). *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*, Itzapalapa, Porrúa/UAM.
- De la Cadena, M. (2000). *Indigenous Mestizos: The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*, Durham, Duke University Press.
- Demélas, M. D. (1992). *L'invention politique: Bolivie, Équateur, Pérou au XIX siècle*, París, ERC.
- Dunkerley, J. (1984). *Rebellion in the Veins: Political Struggle in Bolivia 1952-1982*, Londres, Verso.
- Healey, K. (2001). *Llamas, Weavings, and Organic Chocolate*, Notre Dame, Notre Dame Press.
- Horowitz, D. (1985). *Ethnic Groups in Conflict*, Berkeley, California University Press.
- Madrid, R. (2003). “Electoral Volatility and Indigenous Voters in Latin America”, paper presentado al encuentro anual de la American Political Science Association, Filadelfia.
- Madrid, R. (2005a). “Indigenous Parties and Democracy in Latin America”, en *Latin American Politics and Society*, Vol. 47, N° 4.
- Madrid, R. (2005b). “The Determinants of the Electoral Performance of Ethnic Parties in Latin America: the Case of the MAS in Bolivia”, paper presentado al encuentro anual de la American Political Science Association, Washington D.C.
- Madrid, R. (2006). “The Rise of Ethno-populism in Latin America: the Bolivian Case”, paper presentado al encuentro anual de la American Political Science Association, Filadelfia.
- Máiz, R. (2003a). “Politics and the Nation: Nationalist Mobilization of Ethnic Differences”, en *Nations and Nationalism*, Vol. 9, N° 2.
- Máiz, R. (2003b). “Framing the Nation”, en *Journal of Political Ideologies*, Vol. 8, N° 3.

- Máiz, R. (2003c). “*Jama, Caleta y Camello: la corrupción como mecanismo de autorrefuerzo del clientelismo político*”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 65, N° 1.
- Máiz, R. (2004). “El indigenismo político en América Latina”, en *Revista de Estudios Políticos*, N° 123.
- MAS (2001). *Nuestros principios ideológicos*.
- MAS (2006). *Refundar Bolivia. Para vivir Bien. Propuesta a la Asamblea Constituyente*.
- Mallon, F. (1992). “Indian Communities, Political Cultures, and the State in Latin America: 1780-1990”, en *Journal of Latin American Studies*, Vol. 24, *Quincentenary Supplement*.
- Morales, Evo (2006). *La Revolución democrática y cultural*, La Paz, Malatesta.
- Olivé, L. (1999). *Multiculturalismo y pluralismo*, México D.F., Paidós.
- Patzi, F. (1998). *Insurgencia y sumisión: movimiento indígena-campesino*, La Paz, Comuna.
- Paz, S. (2006). “Autonomías territoriales y democracia plural en Bolivia”, ponencia presentada en el Congreso Internacional “Autonomía: una nueva relación con el Estado”, México D.F., UNAM.
- Pineda, F. (2007). *Evo Morales. El cambio comenzó en Bolivia*, Sevilla, Almuzara.
- Putnam, H. (1995). *The Construction of Social Reality*, Nueva York, Free Press.
- Quispe, F. (1999). *El indio en escena*, La Paz, Pachakuti.
- Quispe, F. (2001). “Organización y proyecto político de la rebelión indígena Aymara-Quechua”, entrevista de Costas, P., M. Chaves y A. García.
- Quispe, F. (2002). “Habla *El Mallku*”, entrevista de Gómez, L. y A. Giordano.
- Quispe, F. (2005) “El camino de Tupka Katari y Zárate Willka”, entrevista de Ignacio, Ivan.
- Quispe, F. (2006) “El MAS es un partido socialdemócrata”, entrevista, en *Chileahora*.
- Sisk, Timothy D. (1996). *Power Sharing and International Mediation in Ethnic Conflicts*, Washington D.C., The United States Institute of Peace Press.
- Stefanoni, P. y H. Do Alto (2006). *Evo Morales: de la coca al Palacio*, La Paz, Malatesta.
- Van Cott, D. L. (2005). *From Movements to Parties. The Evolution of Ethnic Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Van Cott, D. L. y R. Rice (2006). “The Emergence and Performance of Indigenous Peoples’s Parties in South America”, en *Comparative Political Studies*, Vol. 39, N° 6.
- Yashar, D. (2005). *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Yrigoyen, R. (2005). *Sometimiento constitucional y penal de los indígenas en los países andinos*, Tesis de doctorado, Universidad de Barcelona.

Palabras clave

Bolivia - MAS - MIP - Evo Morales - Felipe Quispe

Key words

Bolivia - MAS - MIP - Evo Morales - Felipe Quispe

Abstract

The article aims to explore in an schematic way the explaining factors of indianist mobilization's success in Bolivia, and the reasons why Evo Morales' MAS finally became hegemonic within indianism, instead of the Felipe Quispe's Movimiento Indígena Pachakuti. Moreover, it seeks to give an interpretative explanation, emphasizing usually disregarded discursive aspects that could help the available explanations of this matter.